

RECENSIONES Y CRÓNICA CIENTÍFICA

VÍCTOR M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ: *Teoría y método de la arqueología*, 2ª ed. revisada y aumentada. Síntesis. Madrid, 2000, 317 pp., ISBN 84-7738-076-7.

En los últimos años estamos asistiendo, dentro de la arqueología, a un pronunciado auge en la publicación de trabajos sobre temas teóricos y metodológicos. Sin embargo, la creciente complejidad de la disciplina y sus ramificaciones, la proliferación de desarrollos teóricos o la ya cotidiana relación con las diferentes ciencias calificadas de “auxiliares”, por citar sólo algunos aspectos, hace extraordinariamente difícil ofrecer en un único libro –más aún si la autoría es individual– una visión sintética, unitaria y coherente de todas estas cuestiones. Un ejemplo en este sentido es el trabajo clásico de Renfrew y Bahn (1993), sobradamente conocido entre nosotros a través de la traducción española. En el panorama peninsular es digna de mención la presente obra de V.M. Fernández, editada por primera vez en 1989 y que, tras seis reimpresiones, ve ahora una segunda edición revisada y aumentada. La edición cuya distribución masiva en las librerías, hasta donde yo conozco, ha tenido lugar en el presente año 2002, a pesar de que la fecha que figura en los créditos de la obra es mayo de 2000.

Salvo modificaciones puntuales que a continuación comentaré, esta nueva edición mantiene en líneas generales la estructura de la primera, con la pequeña salvedad de que introduce una separación en dos partes (una primera sobre los métodos y una segunda sobre la teoría) precedida de los dos capítulos iniciales dedicados respectivamente a introducción e historia de la disciplina. A continuación, y dentro ya de esa primera parte de carácter metodológico, el capítulo tercero se consagra a los datos y su recuperación (es decir, tipos de yacimientos con sus procesos formativos, prospección y excavación), el cuarto a los procedimientos para ordenación de los datos (unidades de análisis, cuantificación y aplicaciones informáticas), el quinto a la cronología relativa (estratigrafía y seriación), el sexto a las diferentes técnicas de datación absoluta y el séptimo a otros métodos científicos y arqueométricos (procedimientos para la reconstrucción del medio ambiente, análisis químico y estudios isotópicos). La segunda parte incluye sendos capítulos dedicados a lo que el autor denomina arqueología moderna y arqueología posmoderna, que sustituyen a un único de la primera edición (“La interpretación: algo de teoría”), y se cierra con un último capítulo titulado “Arqueología, política y sociedad”, correspondiente al noveno y último de la anterior (“Epílogo: el arqueólogo y los demás”).

Desde el punto de vista temático, en un subapartado del primer capítulo introducido *ad hoc* (pp. 16-19), se explican las principales novedades de esta segunda edición. En este sentido, se mencionan la atención a temas como la etnoarqueología o la tafonomía y se señalan aquellos apartados que se han ampliado y/o actualizado. Pero el hecho que Fernández considera crucial, y que por supuesto implica cambios sustanciales en el terreno de la teoría, es lo que califica como “*debilitamiento del edificio positivista en las ciencias humanas por influencia del movimiento cultural posmoderno*” (p. 16), y que le lleva a afirmar en este contexto que “*nuestra imagen del mundo se construye siempre con metáforas, y que no existe diferencia esencial entre ciencia y arte, descripción y ficción, fórmulas matemáticas y poemas o canciones*” (p. 16). Dado que no existen las comparaciones en términos absolutos, y siempre se compara respecto a algo, hemos de reconocer que, en lo que atañe a la arqueología, sí existen diferencias importantes entre estos campos. A este propósito, estoy de acuerdo con Vicent (1991) cuando sostiene que la arqueología carece de sentido al margen de la noción ilustrada de Razón Autónoma, por lo que no sería posible una arqueología posmoderna si se identifica este movimiento con la deconstrucción de la Ilustración; dicho de otro modo, la arqueología es una empresa típicamente ilustrada que “*requiere, al menos, una visión del Mundo en la que la descripción de un sílex tallado como herramienta prehistórica, tenga más sentido por principio que la explicación mítica a la que se remite el nombre ‘piedra de rayo’*” (Vicent 1991: 34). No en vano, el autor reconoce en el último capítulo que hay criterios históricos, prácticos y quizá morales para optar entre las múltiples verdades existentes, añadiendo que en su libro se defienden aquellas opciones que se inclinan por la crítica social, la construcción de un mundo más justo e igualitario y, en general, por la transformación de la historia en un sentido progresista (p. 307). Por otro lado, se admite también que la arqueología posmoderna no ha elaborado todavía un cuerpo de sistemas para obtener la información que más le interesa, crítica que en términos no muy diferentes ha sido formulada en anteriores ocasiones (p. ej. Ruiz Rodríguez *et al.* 1988). Por esta razón, a decir de Fernández, el índice y orden general se mantiene sin apenas variaciones, si bien respecto a la manera de escribir se alude a la retirada de expresiones empleadas en la anterior edición para reforzar y transmitir la creencia del autor en la supremacía de la ciencia (*progreso, avance, rigor*, etc.), así como de términos sexistas cuyas implicaciones excluyentes no se habían valorado sufi-

T. P., 59, n.º 2, 2002

cientemente a la hora de escribir la primera versión del libro.

Tras este primer capítulo, en el que además se explica la estructura general de la obra y se comentan temas ya clásicos como la distinción entre prehistoria y arqueología (Vicent 1985; Esparza 1996), se ofrece en el segundo una breve síntesis de la historia de la arqueología, que no obstante aparece ampliada en extensión, en parte como consecuencia del notable desarrollo que este campo está experimentando desde hace algunos años. Entre las diferentes opciones posibles, V. M. Fernández adopta un enfoque más sociológico o externalista que disciplinar o internalista, con la intención de subrayar la incidencia de los factores materiales y sociales en la evolución de la arqueología, que a su entender es superior en importancia a la que puedan ejercer el desarrollo lógico interno de la teoría y la investigación empírica. Desde esta perspectiva, se analiza la evolución de la arqueología desde los orígenes o primeros tanteos en la antigüedad (que no son, propiamente hablando, arqueología) hasta los primeros paradigmas modernos (evolucionismo e historicismo), abordando los desarrollos posteriores en los capítulos sobre teoría.

Por resultar en buena medida conocidos a través de la primera edición, no comentaré en detalle los contenidos de los diferentes capítulos del libro y me limitaré a incidir únicamente en algunos aspectos que, a mi modo de ver, merecen mayor atención. Señalaré no obstante la presencia de aportaciones de notable interés, como pueden ser el análisis de los diferentes procesos de formación de yacimientos (pp. 45-54), la exposición de los principios de cuantificación, estadística y formas de presentación de datos (histograma, diagrama de sectores, gráfico de porcentajes acumulados, etc.) (pp. 100-117) o todo el capítulo sobre cronología absoluta, donde se explican los fundamentos físico-químicos que rigen las diferentes técnicas de datación, denominados por el autor *principios de grado medio o bajo* (p. 15), a menudo poco conocidos por el arqueólogo y que, como bien expone Fernández, para nuestra disciplina han pasado a ser los de nivel más alto (los más generales) en la teoría de todos estos sistemas de datación. El apartado sobre carbono-14 (pp. 153-169) constituye una de las exposiciones más detalladas y clarificadoras entre las que existen en castellano sobre el método, aunque en los últimos años se han publicado algunas nuevas aportaciones que pueden completar lo aquí expuesto (entre otras Castro *et al.* 1996, no citada por V.M. Fernández); en esta segunda edición se ha incorporado además una clarificadora ilustración (fig. 6.4., p. 164), aunque quizá se echa en falta una mayor actualización bibliográfica y una referencia a aquellas publicaciones que explican y dan a conocer los programas y curvas de calibración más recientes (p. ej. Stuiver y Reimer 1993, Stuiver *et al.* 1998).

La destacada atención que se presta a los aspectos cronológicos (de forma directa, 62 páginas en un total de 317) contrasta hasta cierto punto con la crítica posterior a la *"importancia desmesurada"* que en su

opinión se concede a los problemas de cronología, aspecto que atribuye al *"conservadurismo teórico"* (pp. 242s) y que reflejaría el fracaso parcial de la Nueva Arqueología al no conseguir eliminar del todo las viejas tendencias. Pero lo cierto es que autores claramente vinculados a este movimiento, señaladamente C. Renfrew, han atribuido una destacada importancia a los problemas de datación y los han convertido en la base de muchas de sus argumentaciones. A mi modo de ver, los debates en este campo en absoluto son producto de conservadurismos teóricos y debemos recordar, sobre este particular, que no sólo numerosos ámbitos y zonas culturales están desprovistos todavía de una adecuada faseificación, sino que además la cuestión cronológica resulta esencial para una correcta argumentación y profundización posterior en otros tipos de trabajo (desde estudios de arqueología espacial a los de cultura material y tecnología prehistórica, entre muchos otros).

El apartado en el que personalmente expondré mis mayores discrepancias es el correspondiente a excavación. Hay que destacar, en beneficio del libro, la breve síntesis que se ofrece sobre el *matrix* de Harris y algunos de los conceptos básicos de este autor (pp. 127, 134-38), incluida además con buen criterio en el capítulo sobre cronología relativa, subapartado de estratigrafía, en lugar de hacerlo en el de excavación; esto no es irrelevante en la medida en que con cierta frecuencia se sigue hablando del método Harris como un sistema de excavación y no como lo que realmente es, un procedimiento de registro que, entre otras cosas, permite explicar la estratificación y componer una cronología relativa. Sin embargo, la afirmación de que la excavación está *"todavía anclada en los viejos principios de Wheeler"* (p. 92) a pesar de que antes se había aludido al *"constante avance de las técnicas de excavación"* (p. 69), la defensa del sistema de cuadrículas con muros testigos, muy bien cuestionado por Carandini (1997: 48 y ss.), y la crítica a la *open area* (pp. 72-77), el recetario del diario de excavación y la recomendación del uso de fichas u *"hojas-formulario"* como algo meramente ocasional (p. 85) o el empleo del concepto de estratigrafía invertida (p. 131) parecen justamente criticables al menos desde las aportaciones de la arqueología inglesa en la década de 1970 y de aquellos arqueólogos forjados bajo su influencia (Harris 1991, Carandini 1997, García Trócoli y Sospedra 1992). Puede resultar lícito defender principios diferentes a los de la tradición anglosajona (comenzando por los más básicos de *open area* y empleo de fichas), pero creo que en este caso, al menos, deberían explicarse con mayor extensión estas metodologías opuestas a la que se defiende. Al mismo tiempo, se echa en falta una mayor explicitación del concepto de unidad estratigráfica (UE) como una realidad más amplia que el simple estrato de tierra y una referencia clara a las interfaces como unidades de estratificación muy relevantes al tiempo que diferenciadas del concepto tradicional de estrato (Harris 1991: 65-103, Carandini 1997: 71-79, 195, 206).

Mención aparte merecen también, en la medida en

que han sido completamente modificadas en esta edición, las páginas sobre aplicaciones informáticas; son bien conocidas las aportaciones del autor en este campo, por lo que era ya de esperar una buena exposición incluso a pesar del poco espacio disponible. En la primera edición de 1989 las aplicaciones comentadas se limitaban básicamente a procesadores de textos y bases de datos, suprimidas en la actual supongo que por su generalización. En su lugar, se presenta una breve panorámica de los Sistemas de Información Geográfica (GIS o SIG), imagen digital, reconstrucción virtual de yacimientos y paisajes arqueológicos, CD-ROM e Internet, haciendo además una breve mención a las grandes bases de datos sobre temas concretos, con referencia directa a los proyectos sobre arte rupestre levantino y orfebrería desarrollados por el Departamento de Prehistoria del CSIC; creo que la selección puede considerarse acertada y la prueba de ello es que estas líneas generales coinciden a grandes rasgos con los contenidos temáticos de las últimas actas de *Computer Applications* (Burenhult 2002).

El otro cambio sustancial se aprecia en los capítulos sobre teoría, al haberse escrito de nuevo y casi duplicado en extensión. El autor advierte, en consonancia con lo hoy asumido desde diferentes frentes (p. ej. Lull y Micó 1997), que la teoría se presenta aparte por razones prácticas de exposición de los temas, si bien son en rigor indisociables los apartados de *interpretación* de los anteriores de *recuperación* de los datos, no existiendo “datos puros” independientes de las concepciones teóricas de partida. En la anterior edición la teoría se explicaba en un único capítulo en el que se establecía una división en tres líneas o tendencias (Nueva Arqueología, marxismo y estructuralismo), bien recibida y retomada por Arturo Ruiz (1993) en su exposición sobre el desarrollo reciente de la arqueología peninsular. En esta ocasión, y bajo el influjo reconocido de autores como Kuhn y en menor medida Wittgenstein o Foucault (pp. 21-23, 225-27, 231, 259-61), V.M. Fernández distingue dos grandes paradigmas (moderno y posmoderno) en los cuales sitúa las diferencias tendencias. Explicados en capítulos diferentes, son muy de agradecer los dos apartados que dan entrada a cada uno de estos paradigmas, en los cuales se expone el marco teórico general, en buena medida filosófico, que los sustenta; a continuación de los mismos, se incluyen funcionalismo, evolucionismo y Nueva Arqueología o procesualismo en el marco de la arqueología moderna; y marxismo, estructuralismo, posestructuralismo y posprocesualismo en la arqueología posmoderna, reconociendo no obstante para algunas de estas tendencias un desarrollo anterior, aunque son incluidas aquí por su fuerte influjo en la arqueología posmoderna. En el capítulo final se reserva un pequeño espacio para algunos movimientos recientes como la arqueología de género. El balance que se expone de cada una de estas orientaciones puede considerarse en general bastante completo, abarcando la génesis de cada una de ellas, su evolución histórica, conceptos básicos, principales representantes, flancos débiles, etc. Destacaré aquí los comentarios positivos

que se consagran a la Teoría Crítica (p. 272), tradición de pensamiento cuya importancia ha sido reivindicada también por Vicent (1991), así como el reconocimiento de la contribución positiva de la tendencia marxista a la hora de deconstruir el discurso arqueológico edificado por la sociedad burguesa y que contribuye a la reproducción intelectual de su sistema (p. 282).

En lo que atañe a aspectos transversales, pero en absoluto menores, diré que se han incorporado algunas nuevas ilustraciones y suprimido otras. La bibliografía, frente al criterio seguido en la anterior edición de colocarla al final de cada capítulo, se ha situado ahora toda junta y al final, aunque manteniendo su división por capítulos, configurando así una presentación que considero en general más cómoda y manejable. La renovación de las referencias citadas es variable, resultando mínima en algunos casos (caps. 5 y 7) y realmente amplía en otros (parte II sobre teoría, donde la bibliografía se presenta de forma unitaria y sin división por capítulos).

En suma de cuentas, aunque aquí haya enfatizado algunos puntos de discrepancia y las novedades introducidas respecto a la anterior edición, quisiera concluir afirmando que nos encontramos ante un libro sin duda recomendable, de lectura agradable y que, por méritos propios, seguirá siendo durante años una referencia indispensable en el panorama bibliográfico español.

- BURENHULT, G. (ed.) 2002: *Archaeological Informatics: Pushing the Envelope CCA 2001. Computer Applications and Quantitative Methods in Archaeology*. BAR Int. Ser. 1016, Oxford.
- CARANDINI, A. 1997: *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Ed. Crítica. Barcelona.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; LULL, V. y MICÓ, R. 1996: *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR Int. Ser. 652. Oxford.
- ESPARZA ARROYO, A. 1996: “Pie a tierra: por la distinción entre la prehistoria y la arqueología”. En M.A. Querol y T. Chapa (eds.): Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda (II), *Complutum Extra* 6: 13-34.
- GARCÍA TRÓCOLI, I. y SOSPEDRA, R. (eds.) 1992: *Harris Matrix. Sistemas de registre en arqueología. Recording systems in archaeology*, 2 vols. Lleida.
- HARRIS, E.C. 1991: *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona.
- LULL, V. y MICÓ, R. 1997: “Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales”. *Revista d'Arqueologia de Ponent* 7: 107-128.
- RENFREW, C. y BAHN, P. 1993: *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Akal. Madrid.
- RUÍZ RODRÍGUEZ, A. 1993: “Panorama actual de la arqueología española”. En M.I. Martínez Navarrete (coord.): *Teoría y práctica de la Prehistoria: perspectivas desde los extremos de Europa*. CSIC. Universidad de Cantabria. Santander: 307-326.

- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; CHAPA BRUNET, T. y RUIZ ZAPATERO, G. 1988: "La arqueología contextual: una revisión crítica". *Trabajos de Prehistoria* 45: 11-17.
- STUIVER, M. y REIMER, P. J. 1993: "Extended ^{14}C data base and revised Calib 3.0 ^{14}C age calibration program". *Radiocarbon* 35(1): 215-230.
- STUIVER, M.; REIMER, P. J.; BARD, E.; BECK, J. W.; BURR, G. S.; HUGHEN, K. A.; KROMER, B.; McCORMAC, G.; VAN DER PLICHT, J. y SPURK, M. 1998: "Intcal 98 Radiocarbon Age Calibration, 24000 – 0 cal BP". *Radiocarbon* 40(3): 1041-1083.
- VICENT, J.M. 1985: "Un concepto de metodología: hacia una definición epistemológica diferencial de Prehistoria y Arqueología". *Actas de las Segundas Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Prehistoria y Arqueología*, Cáceres: 55-72.
- 1991: "Arqueología y filosofía: la Teoría Crítica". *Trabajos de Prehistoria* 48: 29-36.

Xosé-Lois Armada Pita

Dpto. de Humanidades de la Universidade da Coruña
Correo electrónico: loisarmada@yahoo.es
Vázquez Cabrera s/n. Campus de Esteiro.
15403 Ferrol.

JEAN GUILAINE, J. y JEAN ZAMMIT: *El camino de la Guerra. La violencia en la Prehistoria*. Ariel Prehistoria, Barcelona, 2002, 283 pp., ISBN 84-344-6648-1.

En la conferencia inaugural del I Congreso Hispano-americano de Educación y Cultura de Paz celebrado en Granada el pasado septiembre, Johan Galtung señaló que en el mundo actual "la cultura de la violencia justifica la violencia". La aparición en la literatura arqueológica de libros como el que aquí reseñamos se suma y representa de manera evidente una tendencia generalizada por la que las situaciones de violencia y guerra de los últimos tiempos en el mundo occidental son justificados con una vuelta al pasado en el que intentamos encontrar una disculpa o una coartada para explicar el presente (aunque lo irónico de esta circunstancia es que los contextos de guerra y violencia endémica en otros lugares del mundo nunca hayan provocado este debate). Ya son conocidos los volúmenes de H. Keeley (1996), J. Carman (1997), J. Carman y A. Harding (1999) o R. Osgood, S. Monks y J. Toms (2000) y muchas otras de carácter antropológico con más larga tradición.

Desde las reflexiones preliminares que componen el primer capítulo, de carácter ciertamente "belicoso", los autores apoyan la idea de que la guerra ha sido uno de los motores fundamentales de los cambios históricos. En mi opinión, este primer apartado está lleno de tópicos con explicaciones y argumentos de carácter etológico y etnográfico demasiado simplistas y con una

utilización ambigua de términos fundamentales para la discusión tales como agresión, agresividad, violencia, sacrificio o guerra que no aportan nada nuevo al debate y en algunas ocasiones pueden llegar a oscurecerlo, como ocurre con la utilización del ejemplo de la literatura tanto histórica como religiosa para corroborar la idea de constante violencia en determinados periodos históricos; el que se ensalce la guerra desde estos textos no es más que una muestra de que la ideología dominante en los mismos está al servicio de una sociedad que utiliza la guerra y la violencia para determinados fines.

En mi opinión, lo más destacable y útil para el investigador es la recopilación de evidencias arqueológicas que los autores realizan. Para el caso del apartado dedicado a los cazadores-recolectores se analizan más de 50 ejemplos, algunos de singular importancia para la investigación de la violencia prehistórica tales como el yacimiento 117 de Djebel Sahaba, algunas necrópolis mesolíticas del sudeste europeo o numerosas representaciones rupestres; sin embargo no parecen acertadas algunas de las explicaciones y argumentaciones que los autores presentan; me parece demasiado rotunda la afirmación de que en el Paleolítico ya existía el asesinato (tal como lo conceptuamos en la actualidad) basándose en hallazgos de proyectiles incrustados en unos pocos individuos, elementos que tienen tanta probabilidad de ser asesinatos como simples accidentes de caza (p. 71); digno de mención es igualmente el símil entre la escasa evidencia arqueológica sobre violencia en el Paleolítico con elementos mitológicos del Génesis (p.72). Los autores utilizan también el arte rupestre como ejemplo y destacan la caza como actitud violenta y su representación artística como "ritualización de la violencia", ejemplo que volverán a utilizar en el capítulo dedicado a las poblaciones neolíticas; no quiero decir aquí que la caza sea una actividad pacífica pero no creo que sea un buen ejemplo para analizar la violencia humana en el contexto en el que deberíamos movernos (p.74); los ejemplos de representaciones de humanos heridos pueden ser algo más explícitas e interesantes aunque las explicaciones no siempre son afortunadas y el debate está abierto. El apartado dedicado a las armas del Paleolítico cae en la trampa de considerar cualquier objeto u arma como un útil diseñado exclusivamente para ejercer la violencia, y aunque la idea de que muchos de los objetos cotidianos pueden servir como armas ya ha sido señalada con anterioridad (Chapman 1999) me parece exagerado la interpretación que hacen los autores, sobre todo en su elogio final del arco (p. 81).

Los autores dedican dos capítulos al estudio de la violencia entre las poblaciones mesolíticas y neolíticas, fundamentalmente europeas. Se parte de un análisis de la adopción de la agricultura desde una óptica de invasión con conquistadores y conquistados y que pudo provocar enfrentamientos violentos. No hay duda de que los ejemplos que utilizan, como el espectacular yacimiento de Talheim, corresponden a episodios de singular violencia dentro de estas sociedades y en ese mismo sentido pueden ser interpretadas las pinturas rupestres

como elemento fundamental en el descubrimiento del ejercicio de la violencia por parte de las poblaciones neolíticas. Muy interesantes son los ejemplos, en su mayor parte pertenecientes al Arte Levantino español, de ocho espectaculares escenas de enfrentamientos violentos y hasta diez más que representan a individuos heridos o ejecuciones. Los autores utilizan el término guerra para adjetivar todas estas escenas y evidencias arqueológicas, pero ¿podemos hablar realmente de guerra en el Neolítico? Las escenas muestran enfrentamiento sin duda violentos pero nos queda la duda de si fueron esporádicos o realmente corresponden a acciones repetitivas de sociedades que los propios autores califican de “violentas, bárbaras, brutales” (p. 111).

Prestan, como ya lo hicieron con el Paleolítico, una especial importancia al tema del canibalismo y al debate de si es ritual o alimentario. A mi parecer, aunque es un tema de singular significación no estoy muy segura de que se pueda interpretar como violencia. En cualquiera de los dos casos el punto de inflexión está en si sobre los hombres, mujeres e individuos infantiles consumidos se ejerció la violencia para este fin, es decir si fueron muertos para después ser consumidos, o si es un proceso *post-mortem* lleno de matices rituales, afectivos o simplemente nutricionales lo que puede resultarnos más o menos desagradable bajo nuestra óptica actual pero desde luego no es un ejercicio de violencia sobre el otro.

En el segundo capítulo dedicado a estas poblaciones los autores se centran en el análisis de los individuos heridos por flechas durante el Neolítico y Edad del Cobre prestando especial atención a los 51 yacimientos franceses que han proporcionado este tipo de evidencias, más un análisis de algunos encontrados en la Península Ibérica, entre ellos el excepcional caso de San Juan *Ante Portam Latinam* en Álava. Este apartado me parece de los más conseguidos ya que a la muy buena recopilación de datos, con figuras y apéndices añaden una serie de hipótesis que matizan la interpretación de los restos como el factor tiempo, el porcentaje de individuos heridos, la diferenciación en el enterramiento, los traumatismos de difícil adscripción... que aunque para los autores sea un obstáculo a la hora de hacer un balance me parece mucho más interesante para el debate.

El capítulo dedicado a la construcción del guerrero tiene serios problemas a la hora de teorizar sobre las evidencias arqueológicas y se cae en ciertas afirmaciones simplistas y de carácter muy general que precisamente por la falta de rigor en las interpretaciones puede llevar a equívocos; especialmente me refiero al análisis de género en los apartados titulados “El peso de la masculinidad” o “Morir por un hombre” que está lleno de clichés, estereotipos y presunciones que los autores no se molestan en poner en duda. En el análisis de las estelas y del arte rupestre vuelven a repetir algunas de estas asunciones interpretando como masculinos elementos que en otros contextos han sido considerados como femeninos; el problema no es que señalen a las mujeres como orientadas hacia la casa, la familia, y la reproducción sino su desprecio subyacente que hacen a estos trabajos como oposición a lo “realmente importan-

te” que es la actividad guerrera masculina. Un simple análisis de cualquiera de los acontecimientos bélicos de la historia demuestra que, si bien son los hombres los que empuñan las armas, hay una serie de trabajos que siguen realizando las mujeres en otros ámbitos y que son igualmente necesarios para el sostenimiento de la sociedad durante el conflicto.

En el capítulo dedicado a la emergencia del héroe durante la Edad del Bronce, estos argumentos siguen existiendo con una diferenciación entre “la esfera del prestigio y la esfera doméstica”, dando más importancia a la diferenciación de género que a la de estatus; este es un elemento erróneo a mi entender ya que es precisamente a partir de este momento cuando las mujeres (y los individuos infantiles) empiezan a manifestar su rango a través de ricos ajuares metálicos o cerámicos, que en algunas ocasiones incluyen armas. Los autores analizan, con muchos y valiosos ejemplos, la panoplia armamentística y de protección y la transformación de los asentamientos con fines defensivos que se desarrolla en Europa a partir de la Edad del Bronce; así espadas, corazas, murallas, fosos, posiciones estratégicas, carros de guerra, inicio de la caballería, tumbas de guerreros, estelas conmemorativas son estudiadas poniendo en duda las teorías acerca de que son elementos de prestigio u ostentación y enfatizando su componente violento.

En primer lugar he de señalar que creo que es de suma importancia conocer todos los argumentos y las evidencias de situaciones violentas que se hayan podido producir a lo largo de la Prehistoria, y en este punto este volumen es un muy buen compendio de los distintos registros arqueológicos en los que se manifiesta esta violencia. De hecho creo que uno de los aspectos más interesantes del libro son los descubrimientos a pequeña escala a los que creo que no se les saca todo el potencial. Es muy interesante el apartado dedicado a la violencia ejercida sobre determinados individuos sobre todo mujeres e individuos infantiles o a ciertas prácticas rituales con niños con malformaciones (p. 142)

De todas formas explicación no es lo mismo que justificación, y en este punto y desde el mismo título y en otros apartados con epígrafes tales como “La historia comenzó con sangre” (p. 21), “Los antepasados de Caín” (p. 70) los autores realzan demasiado la necesidad y lo inevitable del proceso que va hacia la guerra de manera natural e inexorable. En mi opinión el motor de la historia no es la guerra sino el conflicto entendido como “contraposición de intereses y/o percepciones” (Muñoz y Lopez 2000) que es claramente un elemento inherente a la especie humana; el elemento clave aquí es la resolución del mismo por vía pacífica o no, el que la decisión final sea que se solventa de manera violenta y cómo y quién gestiona y utiliza esa violencia. No considero en absoluto que estas sociedades fueran pacíficas o que no hubiera altas dosis de violencia en las mismas, pero me parece peligrosa la consideración de que la guerra es inevitable, más bien considero que es el recurso más fácil y cómodo. Un recurso que sólo a partir de la Edad del

Bronce se institucionaliza por parte de determinadas élites con elementos tales como la creación de la figura del guerrero o la aparición de armamento sofisticado; pero es necesario recalcar que es un mecanismo que se utiliza como medio (que no fin) de desarrollo, justificación y afianzamiento por un grupo de personas dentro de la sociedad.

En la recensión del libro *Ancient Warfare* editado por Carman y Harding (1999) que realicé (TP 58(1) 2001: 192-194) señalé la necesidad de conocer cuál era el estado de la cuestión acerca de aspectos tales como la violencia y la guerra, la conveniencia de abrir nuevas perspectivas en la interpretación del registro arqueológico incluyendo estos mecanismos e igualmente manifesté la exigencia de un debate de este tipo en la investigación sobre las sociedades prehistóricas. Sin embargo esta reflexión sobre la violencia requiere ir más allá procurando no caer en ideas preconcebidas, utilizando una terminología clara e incluyendo las nuevas preocupaciones sobre los papeles de género o la cultura de paz e intentando dar respuesta también a estas otras preguntas ¿hasta qué punto el ejercicio tan evidente y claro de la violencia corresponde realmente a una violencia incrustada en las sociedades?, ¿fueron la mayor parte de los conflictos resueltos de forma violenta? ¿resultaban exitosas otras estrategias de resolución de conflictos de forma pacífica?

CARMAN, J. (ed.) 1997: *Material harm: archaeological studies of war and violence*. Cruithne Press. Glasgow.

CARMAN, J. y HARDING, A. (eds.) 1999: *Ancient Warfare. Archaeological perspectives*. Sutton Publishing. Wiltshire

KEELEY, L.H. 1996: *Warfare before civilization: the myth of the peaceful savage*. Oxford University Press. New York.

MUÑOZ, F. y LÓPEZ, M. 2000: *Historia de la Paz: tiempos, espacios y actores*. Editorial de la Universidad de Granada. Granada

OSGOOD, R.; MONKS, S. y TOMS, J. 2000: *Bronze Age Warfare*. Stroud. Sutton

Margarita Sánchez Romero

Dpto. de Prehistoria y Arqueología.

Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja s/n. 18071 Granada. Correo electrónico: marsanch@ugr.es

IGNACIO BARANDIARAN y ANA CAVA: *Cazadores-recolectores en el Pirineo Navarro: el sitio de Aizpea entre 8000 y 6000 años antes de ahora*. Veleia Anejos, Serie Maior 10, 2001, 543 pp.

En esta primavera del 2002 ha comenzado la distribución del libro objeto de esta recensión. Deberíamos felicitarlos, y felicitar especialmente a los autores del texto, I. Barandiarán (IB) y A. Cava (AC), por la entrega de una memoria tan precisa –por la justa descripción

que se realiza del yacimiento y su contenido–, rica –por el volumen de los datos, explícitos e implícitos, que conlleva– y objetiva –por los planteamientos generales del estudio–. Aparentemente su lectura trata de comunicarnos los resultados precisos aportados por las tareas de campo, pero sus páginas, cargadas de bienintencionadas reflexiones, van más allá al sintetizar una opinión (entre otras posibles) sobre el paso del Mesolítico al Neolítico, las dos grandes unidades culturales presentes en el yacimiento de Aizpea a lo ancho de un único horizonte sedimentario, el b.

Así pues, la monografía cumple con solvencia la necesaria exposición de los datos arqueológicos, parcelados en unidades menores, y se enriquece con la visión que proporciona sobre el proceso histórico habido a lo largo del sexto y quinto milenio antes de Cristo: son cuatro las muestras óseas analizadas por C14 escalonándose entre el 7790 y el 6370 BP complementadas con la datación de la mujer enterrada, en el 6600 BP.

Estructuralmente la obra es dividida en cinco grandes apartados que comprenden un número variable de capítulos (hasta diecinueve) responsabilidad de uno o varios especialistas. La primera (de IB y AC) nos presenta los valores generales del sitio –estratigrafía, C14 y ritmo de los trabajos–; la segunda describe, e inicia la valoración, de las industrias fijándose en las bases materiales (refiriendo para el sílex tanto los afloramientos próximos –LM– como la procedencia de buena parte del efectivo –AT–) y los caracteres tecnotipológicos de la producción lítica (AC analiza los objetos más típicos, retocado o no, IB otros manipulados pétreos), ósea (IB) y cerámica (AC); la tercera se ocupa de los “restos de fauna y de vegetación” distinguiendo entre los macromamíferos (PC), micromamíferos (MS), aves (FH), peces (ER, AM, JC), malacofauna (RM, MA), análisis polínico (MI) y macrorrestos vegetales (LZ); se ocupa la cuarta de episodio funerario aislado en el abrigo desde el punto de vista de la antropología (CR, JB, MI, NI) y del ritual (IB); en la quinta IB y AC compilan toda la información, contextualizan los datos y nos los explican dentro de un marco más general.

El volumen es por tanto un trabajo colectivo, multidisciplinar como gusta decirse, donde cada autor despliega con autoridad lo más propio de su ciencia. Pero a diferencia de otras memorias no estamos ante la suma de estudios independientes, apenas concatenados –más allá de la conexión que determina el propio yacimiento–. Al contrario, se hace notar un esfuerzo por aunar conclusiones, por, con honestidad, denunciar discrepancias y discutir las, en definitiva por dotar al conjunto de una lectura coherente. El ejercicio es directo en el capítulo 19, donde se reconstituyen los paisajes del pasado aunando afirmaciones de la palinóloga y la antracóloga, se observa la explotación del medio a través de las fuentes materiales, los recursos vegetales y la caza de animales. En este último apartado, específicamente por lo que se refiere a los peces, la dialéctica sobre su valor y significado es verdaderamente llamativa. Los ictiólogos (cap. 12) no creen en

el carácter antrópico de ciprínidos y salmónidos –en este caso la distinción entre truchas y salmones no es baladí, dado que estos últimos difícilmente fueron atrapados al sur de los Pirineos– pensando más bien en causas naturales o acciones de nutrias –por otra parte no detectadas por los arqueozoólogos–; los arqueólogos (cap. 19) despliegan toda una serie de razonamientos (selección de la muestra, tamaño de los individuos representados, significado de la falta de alteraciones en los esqueletos, presumible instrumental de pesca localizado en el abrigo...) para demostrar justamente lo contrario. Somos nosotros los que deberemos aceptar una u otra hipótesis, pero es de señalar por su interés, que se nos haya presentado, y no ocultado, el debate, el cual está, y se agradece, correctamente planteado en el libro.

Cada uno de los capítulos del texto atesora, que dudas cabe, méritos suficientes para su mención, pero el espacio de la recensión obliga a elegir aquellos aspectos que, a mi juicio, son más novedosos.

a) El examen de la procedencia de los sílex nos demuestra que el 99% de las evidencias proviene de recursos locales –entendidos como aquellos ubicados a una decena de kilómetros– sin que falten materias primas venidas de lejos (norte de los Pirineos, Urbasa o fondo del Valle del Ebro). El dato es interesante por dos razones fundamentales: ejemplifica la movilidad de los grupos asentados en Aizpea y la existencia de redes de intercambio –como ya se sabía por la presencia de gasterópodos marinos–. El abrigo repite lo observado en otros depósitos contemporáneos (caso de Mendandia y Atxoste).

b) El estudio de la industria lítica, por su capacidad resolutoria de aspectos culturales, ocupa el capítulo más voluminoso: AC nos tiene acostumbrados a descripciones tipológicas exquisitas (aunado las propuestas de Fortea y Laplace) y a usos racionales y comedidos de técnicas estadísticas para su evaluación. Repite ahora el ejercicio adjuntando un aparato gráfico de calidad. Un resumen comprimido de los caracteres de los componentes retocados retendría la estabilidad de la producción a todo lo largo de la estratigrafía, con un cuerpo común donde muescas y denticulados van perdiendo fuerza a favor de dorsos y en donde geométricos, con preferencia por los trapecios de retoques abruptos en la capa inferior, van usando cada vez con mayor fuerza los modos simples o planos para la confección de las bases. La presencia de tipos específicos marca influencias tanto del Valle del Ebro como del norte de los Pirineos.

c) Por inusual nos parece de interés la industria ósea consignada en Aizpea pues no abunda material de este tipo en depósitos mesoneolíticos circumpirenaicos: “no disponemos de una sistematización definitiva de las industrias óseas del Mesolítico occidental... A falta de otras tipologías específicas” debe echarse mano de sistematizaciones referidas al Paleolítico superior (p. 179).

d) Ya se ha referido la importancia del catálogo de peces y el interés de debatir su significado.

e) De detalle (unas 60 pp.) es el trabajo antropológico

del cadáver enterrado en el abrigo, lo cual se entiende ante el gran vacío que sobre las poblaciones mesoneolíticas existe –muy especialmente en la Península Ibérica–. Nada deja el estudio al azar: descripción del esqueleto, presunción de edad y sexo, patologías, estatura, análisis molecular, reconstrucción de la dieta y métrica craneal. Todo ello con recurso a paralelos europeos. Se nos habla de una mujer de unos 30 años y de 150 cm de estatura, que posiblemente dejó descendencia, con patologías débiles por “el uso reiterado de algunas articulaciones”, y cuya alimentación, deducida de las caries y desgastes dentales, así como de los elementos trazas detectados en el fémur, tuvo una base fundamental vegetal –y recordemos que la carpóloga ha detectado diversos frutos comestibles en el sitio–. Se apunta la posibilidad de una discriminación social en el seno de las poblaciones europeas del momento, donde los hombres consumieran más carne que las mujeres (y tal vez se ocuparan de la caza) y éstas se apropiaran de alimentos vegetales (estando a su cargo la recolección, ¿y tal vez la futura agricultura como se ha propuesto reiteradamente?). La idea es muy sugerente, pero nos hacen falta más datos para validar su generalización, no vaya a ser que estemos ante un caso particular (como alternativa: ¿una mujer tan particular en sus funciones o papel social que mereció su inhumación en el seno de un alto de caza ocupado por poblaciones no muy dadas a los ritos funerarios?).

Me parece que entre los temas abiertos sobre la Prehistoria peninsular aquellos referidos al proceso neolítico gozan de gran salud en los últimos tiempos, con debates de bastante enjundia. Los congresos sobre el Neolítico peninsular –los celebrados en Gavá y Valencia– aportaron no pocas novedades documentales y más de una nueva visión general sobre el fenómeno, de tal forma que nos hemos visto obligados a revisar –y criticar– explicaciones que parecían inamovibles: se reformulan, destilan y detallan teorías (así Martí y Juan-Cabanilles 2000, Barandiarán y Cava en prensa –SPAL–) o se reconsideran todos los factores de discusión (Hernando 1999). En este sentido en el texto de análisis se recogen, entre otras, dos ideas a tener en cuenta: la especialización en funciones de los yacimientos, lo que explica que puedan no estar presentes en ellos todos los caracteres de la sociedad que los ocupa (faltando así rasgos de interés como, por ejemplo, los derivados de una economía de producción en un apostadero cinegético) idea avanzada hace justamente una década por los mismos autores; el desarrollo del concepto de *mesolitización* como antecedente necesario a una neolitización no rupturista, concepto sobre el que insiste AC desde 1994.

Para mejorar en el conocimiento de lo prehistórico nos son necesario más argumentos: son frecuentes los informes sueltos, los avances de sitios que luego tardan tiempo en ser presentados, las noticias parciales (de cronologías, industrias...) pero más raros los textos “definitivos” de entidades prehistóricas que llenan vacíos, aportan suculenta información y renuevan el panorama explicativo. El título *Cazadores-recolecto-*

res en el Pirineo navarro. el sitio de Aizpea entre 8000 y 6000 años antes de ahora es un magnífico ejemplo de lo que deberíamos conseguir. Lo que no nos sobran son debates, ideas, propuestas y lecturas críticas entre todos aquellos que estamos interesados por comprender el fenómeno de la neolitización.

Alfonso Alday Ruiz

Área de Prehistoria. Universidad del País Vasco. Tomas y Valiente s/n. 01006 Vitoria-Gasteiz

GEORGE NASH y CHRISTOPHER CHIPPINDALE (eds.): *European Landscapes of Rock-Art*. Routledge. Londres, 2002, xviii + 218 pp., 103 figs., 4 tabs., ISBN 0-415-25735-2

Este libro tiene dos características básicas. Presenta el panorama reciente europeo de la investigación que integra dos objetos de estudio tradicionalmente independientes cuyo interés me parece evidente: el arte rupestre prehistórico y el paisaje. Y lo hace desde un marco general “posmodernista”, del que participan en mayor o menor grado todos los capítulos.

Éstos son diez. El primero es una introducción escrita por los editores. El resto son casos de estudio de desigual distribución territorial y temporal: cuatro tratan de Escandinavia, dos de Italia y los demás sobre Alemania, España, Gran Bretaña e Irlanda. Dado que además uno de ellos (el de Alemania) no se ocupa de arte prehistórico, la muestra de este fenómeno a escala europea adolece quizá de carencias como los importantes *corpora* de toda la Europa atlántica, incluida Galicia (Bradley 1997, Santos y Criado 1998) o el sur de Francia (Conkey 1997), que vienen siendo estudiados desde un punto de vista paisajístico por estos autores, de prestigio reconocido.

Dedicaré una atención especial a la introducción escrita por Nash y Chippindale¹, ya que me parece que debería haber sido el hilo conductor en un libro de estas características. Y digo debería haber sido porque de ella cabría esperar una atención explícita a cómo el arte crea al paisaje, y viceversa, con una reflexión inicial del significado y realidad de ambas entidades, que estableciera al menos las causas por las que es posible suponer que se relacionan de una forma digna de ser estudiada. Pero los autores no realizan una crítica conceptual ni del arte rupestre ni del paisaje, sino que presentan una enorme cantidad de temas, entre los que, como uno más, el paisaje ocupa su lugar. Dichos temas van desde la intencionalidad del paisaje hasta la subjetividad del investigador al documentar estaciones y situarlas en su contexto espacial, pasando por la cualidad narrativa del arte rupestre, la influencia del soporte rocoso en el mismo, o la importancia de la memoria popular y el misticismo asociados a las esta-

ciones de arte rupestre. También hay otras consideraciones sociológicas, metodológicas e interpretativas que no viene al caso exponer, pero que resultan tan variadas como la selección de ejemplos ilustrativos, que pasa por Australia, Sudáfrica, Portugal... Creo que nada revela mejor esta falta de un programa explícito de investigación conforme a cánones ‘modernos’ que la estructura formal del capítulo, cuyos epígrafes son: *Locales and sites, Different images, different locales, Experience and analysis, Human experience and place in prehistoric Europe, Constructing landscapes, Western and northern European rock art, Understanding human experience of place in prehistoric Europe, Informed methods and formal methods in studying the rock-art of prehistoric Europe, and in the present volume*. Despliegan una curiosa ruta mental con saltos en el tiempo, el espacio y la temática, que personalmente encontré difícil de seguir. Especialmente porque no desarrollan ninguno de los temas planteados, limitándose a exponerlos.

Es cierto, sin embargo, que es el único capítulo (junto con el de Sognnes (capítulo 10), que considera al paisaje un proceso cultural (y suponemos que un producto) (p. 196)), que aborda el concepto de paisaje. De forma muy consecuente, en mi opinión, con su posición teórica, los editores manifiestan, entre otras cosas, que el paisaje se construye en la mente del observador (p. 6).

No deja de ser contradictoria esta concepción con la referencia continua que los autores hacen al paisaje como un objeto independiente. Pero el problema no está en la coherencia de las propuestas de los editores, sino en las limitaciones de su marco teórico, que a pesar de su vocación revolucionaria, y de haber sometido a crítica los conceptos más elementales del pensamiento occidental, ha derivado hacia una práctica, al menos en lo que a la arqueología se refiere, superficial y, es más, convencional. Es por esta razón, quizá, por la que Nash y Chippindale no llegan siquiera a hacer propuestas sobre el paisaje: utilizan el concepto como si fuera evidente por sí mismo, algo, a estas alturas, discutible (Criado 1993; Chapa *et al.* 1998; Vicent 1991...).

Un ejemplo de esto lo tenemos en la propia obra que nos ocupa, en la que el tema ‘paisaje’ ha sido reinterpretado considerablemente por parte de Baker (capítulo 2), que trata los grafitis soviéticos del Reichstag al término de la Segunda Guerra Mundial (sin duda uno de los artículos más interesantes); de Fossati (capítulo 5) y Nash (capítulo 9), que estudian las representaciones consideradas paisajísticas en el arte rupestre (y no al contrario); y de Frachetti y Chippindale (capítulo 6), que se dedican al tiempo. Ante esto, los editores se ven obligados a presentar algunos de los artículos algo forzadamente, y no mencionan el sexto.

Pero esta heterogeneidad no es problemática en el contexto del libro, sino que por el contrario es considerada, quizá con razón, un valor añadido. Lo cierto es que la falta de una propuesta editorial cerrada es perfectamente coherente con el enfoque adoptado.

Una última observación a propósito de la introduc-

¹ La recensión de McDermott (2002) de este libro, individualizada por capítulos, es complementaria con la aquí presentada.

ción se refiere al predominante tono subjetivista empleado por sus autores. En los epígrafes (ver más arriba) el concepto de 'experiencia humana' se repite tres veces, y hasta la saciedad en el texto. Consecuentemente, el arte rupestre es considerado el reflejo de la experiencia prehistórica como la gente quiso documentarla (p. 6). De esta manera los autores potencian la importancia de los aspectos del arte rupestre más intensamente buscados tradicionalmente y menos accesibles.

En lo tocante al estudio del paisaje, Nash y Chipindale hacen especial hincapié en la necesidad de observación y experimentación personal del arte rupestre para comprender los motivos por los cuales éste aparece donde lo hace (pp. 3, 4, 5). McDermott (2002) alude a esto cuando dice que la premisa unificadora de este libro es el enfoque fenomenológico.

En efecto, con la única excepción de Ramqvist (capítulo 7: compara la localización de los sitios atendiendo a su contenido –estilístico y de motivos– cuantificando estas dos últimas variables y expresándolas en mapas, pp.152-153), los autores realizan sus investigaciones a través de la observación directa y personal, que transmiten en su texto, orientándose hacia ciertas cuestiones que consideran fundamentales para explicar la situación del arte. Éstas suelen ser recurrentes: visibilidad, accesibilidad, incidencia de algún tipo de soporte, la relación de las estaciones con el mar o con la tierra, con elementos destacados del paisaje y con rutas de tránsito. En todos los casos se nos presenta la valoración personal del autor acerca de la relación o vínculo propuesto, sin que se nos permita comprender independientemente la estructura del paisaje. Esto se ve agravado quizá por el hecho de que los artículos se centran en la mayor parte de los casos en la escala local o microlocal, con descripciones muy escuetas de las unidades geográficas principales donde se insertan los conjuntos.

Este conocimiento vivido, por decirlo así, es sin duda imprescindible. Por sí solo, sin embargo, apenas es capaz de abrir nuevos horizontes de investigación. Esta es quizá la principal objeción que se le puede poner a esta obra, y al pensamiento posmoderno en general. Lo cual no impide que el libro recoja trabajos serios con planteamientos definidos, hipótesis que contrastar, trabajo a varias escalas, un modelo general de explicación social e histórica, y un enfoque global de articulación de arte y localización: es el caso, en mi opinión, de los artículos de Purcell (capítulo 4) y Sognnes (capítulo 10). Además ambos poseen una significativa ausencia de puntos débiles de carácter especulativo y de argumentos circulares, y no pretenden decir más de lo que se puede. Estos factores son muy de agradecer en los trabajos de arte rupestre (sobre todo en estudios posmodernos de arte rupestre).

Pero el posmodernismo no sólo tiene defectos, como es natural. Una de sus aportaciones más interesantes es el hallazgo de nuevos pliegues de la realidad que explorar. Un ejemplo lo tenemos en el pionero trabajo de Díaz-Andreu (capítulo 8), quien introduce en el ámbito del arte levantino español ciertos temas que

ya van haciéndose habituales en los estudios de arte rupestre en general, y que hasta ahora en aquél habían pasado más o menos desapercibidos.

Sin embargo, se perciben en él ciertos problemas inherentes a la corriente posmoderna. Entre ellos, destacaría por ejemplo la aceptación *a priori* de concepciones establecidas, en la asimilación por parte de la autora de arte rupestre, religiosidad y culto. También introduce conceptos no concretados, como son la 'profundidad ritual' y las 'identidades'. Asimismo, se puede detectar una cierta circularidad en las argumentaciones, ya que por una parte se establece que el paisaje sagrado engendra al arte, mientras que el arte crea paisajes sagrados; por otra parte, la individualización de estos paisajes sagrados se produce a través de los observadores de antaño (o 'identidades'), pero nuestra identificación de esos observadores se ha de producir necesariamente a través de la individualización de los lugares. Por último, y aparte de ciertas aportaciones discutibles en el nivel del trabajo de campo, hay también una optimista producción de conclusiones, que derivan de una insuficiente asignación de género y edad en las representaciones pictóricas: de la ausencia de niños y mujeres, la autora (única mujer en esta obra, por cierto) deduce la preeminencia masculina en el arte y el paisaje. En un horizonte más cercano, me parece interesante señalar, dado que las publicaciones sobre arte levantino escasean en el extranjero y la presente está destinada a tener una gran difusión, que Díaz-Andreu expone un estado de la cuestión del arte levantino, en cuanto a cronología y adscripción cultural, que ha sido puesto en duda por numerosos autores en función de descubrimientos recientes (por ejemplo Hernández *et al.* 1998, 2000).

A pesar de estas observaciones, y ya para terminar, es justo señalar que esta obra en primer lugar contiene, a mi entender, aportaciones valiosas. En segundo lugar, proporciona una noción de cómo y quién trabaja en la actualidad en el mundo del arte rupestre y el paisaje, lo cual es siempre provechoso, sin duda.

- BRADLEY, R. 1997: *Rock Art and the Prehistory of Atlantic Europe*. Routledge. Londres.
- CONKEY, M. 1997: "Beyond art and between the caves: thinking about context in the interpretative process". En M.W. Conkey, O. Soffer, D. Stratman y N.G. Jablonski (eds.): *Beyond Art: Pleistocene Image and Symbol*. Memoirs of the California Academy of Sciences 23. San Francisco: 343-367.
- CRIADO BOADO, F. 1993: "Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje". *SPAL* 2: 9-55.
- CHAPA BRUNET, T.; VICENT GARCÍA, J.; RODRÍGUEZ ALCALDE, Á. y URIARTE GONZÁLEZ, A. 1998: "Métodos y técnicas para un enfoque regional integrado en Arqueología: el proyecto sobre el poblamiento ibérico en el área del Guadiana Menor (Jaén)". *Arqueología espacial* 19-20: 105-120.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S.; FERRER i MARSET, P. y CATALÀ FERRER, E. 1998: *L'art llewantí*. Centre d'Estudis Contestans. Cocentaina.

- 2000: *L'art esquemàtic*. Centre d'Estudis Contestans. Cocentaina.
- McDERMOTT, L. 2002: "Book review: European landscapes of rock-art". *Before Farming* 2 (8) (http://www.waspjournals.com/journal_20022/reviews/index.php)
- SANTOS ESTEVEZ, M. y CRIADO BOADO, F. 1998: "Espacios rupestres: del panel al paisaje". *Arqueología espacial* 19-20: 579-595.
- VICENT GARCÍA, J. 1991: "Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica". En P. López (dir.): *El cambio cultural del IV al II milenios a. de C. en la Comarca Noroeste de Murcia*. I. CSIC. Madrid: 31-117.

María Cruz Berrocal

Dpto. de Prehistoria, Instituto de Historia, CSIC. Serrano 13. Madrid 28001. Correo electrónico: mariacb@ih.csic.es

PEDRO DÍAZ-del-RÍO ESPAÑOL: *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía 9. Comunidad de Madrid. Madrid, 2001, 389 pp., 111 figs., ISBN 1131-6241.

Díaz del Río demuestra en este libro que se puede hacer historia, incluso teoría de la historia, sobre un registro arqueológico ingrato. Un registro parcial y poco explícito que le obliga a enfrentarse a ese tipo de estructuras denominadas "fondos de cabaña" y a una investigación anterior fragmentada, cuajada de fases y facies. El libro es, además, una tesis. Y lo es con la estructura clásica de este tipo de trabajo académico en las áreas de prehistoria de la universidad española: una zona, las vegas, terrazas y lomas del Henares y del Jarama, y un periodo, los milenios tercero y segundo antes del cambio de Era. Un texto al que no le faltan su capítulo de marco geográfico, su catálogo de yacimientos y su historia de la investigación. Felizmente, no falta tampoco una formulación explícita de la tesis propuesta: en ese periodo y en esa zona se produce la materialización histórica del primer paisaje agrario, la consolidación de sus primeras comunidades campesinas.

En su planteamiento hay varios aciertos metodológicos de partida: el primero, es elegir ese *tiempo largo* y tratarlo como una única unidad histórica de análisis. Salva así las preocupaciones tipológicas y las presencias/ ausencias de cerámicas decoradas con las que hemos fraccionado el desarrollo histórico del interior peninsular durante tantos años. Con esta acertada decisión, en la que el autor es, en parte, deudor de Vicent (1991, 1998), demuestra que cuando no se obvian, pero sí se trascienden tales preocupaciones, queda al descubierto una clara *continuidad* a lo largo de los dos milenios. Eso le lleva al segundo acierto: ese análisis del proceso histórico lo hace en términos de cambio social y, en esto, es deudor de Gilman que, desde 1981, tiene demostrada la utilidad de la intensi-

ficación del capital de subsistencia para explicar el desarrollo social de la Edad del Bronce. Derivados de ambos aciertos señalaré un tercero: la escala del estudio y la elección de la zona. En efecto, estas comarcas madrileñas en plena Meseta, tienen la ventaja de *no ser* el Sureste que ya ha servido suficientes años como único laboratorio para los estudios del desarrollo de la complejidad social.

El enfoque con que el autor aborda la consolidación de este concreto paisaje agrario como definitorio de lo que es, en realidad, el objetivo último del libro, es decir, definir a su vez las condiciones necesarias para consolidar unas relaciones sociales donde sea manifiesto el ejercicio del poder, es particularmente ecléctico como, en cierto modo, corresponde al encuadre teórico del que el propio Díaz del Río confiesa formar parte: una amplia corriente de pensamiento radical. De esta forma, asume un despegado materialismo histórico menos ortodoxo que el de otros autores que han discutido sus mismos temas, pero manteniendo esa conciencia crítica y autocrítica, esencia del marxismo desde mi punto de vista, que aquellos no sólo no practican sino que han olvidado completamente. Simultáneamente, utiliza de forma harto abundante los principios del neoevolucionismo antropológico más clásico, en el convencimiento de su validez instrumental para la identificación de formas políticas. Pero a la vez, el trabajo está salpicado de destellos estructuralistas o de asunciones propias de los estudios de campesinado, entre otras muchas fuentes. Así, si eliminamos de su lista bibliográfica los trabajos que le han proporcionado el repertorio de datos del registro, vemos utilizados desde Marx a Weber, desde Rousseau a Feyerabend, desde Childe a Mann, desde Godelier a Bradley,... Pero, sobre todo vemos que el pensamiento del autor está soportado en grandes porciones de la obra de los dos investigadores a los que he hecho referencia en el párrafo anterior y que son seguidos muy de cerca de lo largo de todo el texto: Antonio Gilman, del que alguien tendrá algún día que analizar su indudable influencia en la renovación de la prehistoria española, y Juan Vicent, uno de los pocos pensadores con los que cuenta la disciplina. Ha de añadirse, además, una tercera presencia igualmente intensa, la de Isabel Martínez-Navarrete a la que debe una visión crítica y constructiva de los problemas y el tipo de registro con el que Díaz-del-Río se enfrenta en la obra.

Para cumplir con sus nada pacatos objetivos, el autor tiene que establecer necesariamente varias premisas. En primer lugar, tiene que demostrar la existencia de una economía agraria que, además, permita y deje comprobar una intensificación de la producción. Es decir, debe verificar que en ella se da una considerable inversión, venga de quien venga. Para cubrir ese primer paso cuenta con poco. Desde el punto de vista paleoeconómico el registro es, como decía, ingrato. La analítica más reciente pone de manifiesto, eso sí, grandes superficies deforestadas y una cabaña ganadera doméstica y compensada, pero poco hay que permita asegurar, por medio de clara presencia de cultivos de rendimiento diferido o por una producción secundaria

animal, una intensificación generada por inversión de trabajo especializado. Los emplazamientos elegidos para los yacimientos son algo más definitorios, pero lo son por el simple hecho de la gran potencialidad de los recursos de su entorno. Pero donde el registro ayuda menos es en los propios asentamientos que aprovecharon esos lugares tan propicios para convertirse en pastos y tierras de cultivo, donde se dan, además, claras y fáciles posibilidades de regadío. Son hábitats –si eso son– poco o nada definidos por aisladas cabañas semienterradas, o de las que restan las meras improntas de sus muros, y zanjas de delimitación muy parcialmente conocidas que, ni siquiera siempre, acompañan a lo que es, en la cruda realidad, el grueso de la documentación: extensos y densos conjuntos de estructuras excavadas que repiten invariablemente un sedimento amortizado producto de su abandono.

Ese registro, al que el autor aporta de su investigación personal nuevos datos de calidad, es producto de excavaciones de urgencia, realizadas, las más recientes, mediante una buena práctica arqueológica. Pero, tanto en éstas como en las más antiguas confluyen circunstancias que sesgan sus resultados. En Madrid crecen los datos arqueológicos según crecen y se explotan sus espacios periurbanos. Los profesionales han de sumar a la parcialidad consustancial de la arqueología otras parcialidades derivadas de unos trabajos donde el promotor no pretende investigar sino sólo cumplir la ley, a las que hay que añadir, además, la propia indefinición de esas estructuras subterráneas. Bien es cierto que, tras años de quedarse en los objetos recuperados en el poco explícito sedimento de su relleno, los investigadores han llegado a una sobreinterpretación. Entre las lecturas estructurales y funcionales no hay duda que ya ha ganado la que las considera estructuras de almacenaje diferido ligadas a la economía agraria, es decir, silos, graneros subterráneos. El autor también lo postula así, y, si eso es cierto, no hay duda de que también sería cierto que forman parte de un paisaje ya domesticado por una sociedad campesina primitiva.

La discusión a que el autor somete a estas estructuras es rigurosa, pero tiene, con evidencia, ángulos muertos de visión. Es decir, a los muchos interrogantes que son generales a cualquier tipo de almacenaje (como puedan ser su carácter colectivo o privado, grupal o intergrupal, su relación con las parcelas donde se han producido los productos almacenados, esto es, con los medios de producción, o su calidad de reserva, semilla o excedente destinado a tributación, por citar algunos), se unen otros particulares para estas estructuras de los valles madrileños. No hay granjas ni aldeas asociadas y no hay la menor evidencia de qué almacenaron. Hay, eso sí, analogías en otros contextos arqueológicos (por ejemplo, las granjas de la Edad del Hierro galo, que repiten igualmente sus delimitaciones por medio de zanjas) y circunstancias postdeposicionales para explicar esas carencias que suenan siempre, por más que sean ciertas o ingeniosas, a coartada. De esta forma, esta primera premisa de Díaz-del-Río –que estamos ante estructuras de almacenaje dife-

rido– queda sin caracterizar suficientemente. No sabemos si sus agrupaciones se asocian a las unidades domésticas o a los propios campos, es decir, al espacio agrario, y no sabemos hasta donde es causalidad o casualidad que aparezcan siempre amortizadas y que, pese a ello, nunca lleguen a interferirse, algo que parece lógico que sucediese teniendo en cuenta su densidad en el espacio y su permanencia en el tiempo. También sería lógico que al menos en algunas de las centenares de ellas excavadas se hubiera conservado su contenido –que no tiene porqué ser cereal limpio–, el nivel desde donde fueron abiertas o su sellado superior. Pero lo que sí podemos admitir con el autor es que tales agrupaciones de estructuras subterráneas muestran capacidad de almacenaje en un paisaje agrario estable.

Sin embargo, para llegar a esa primera conclusión Díaz-del-Río ha debido realizar otro trabajo, en este caso negativo: desprenderse de los modelos ganaderos, tradicionales o no, y sus correspondientes rémoras; es decir, aquellos que consideran a la ganadería como una actividad sectorial, determinada por el medio y siempre itinerante, pero, a la vez y paradójicamente, condicionada por mecanismos culturales retardatarios o primitivistas. El autor dedica a esta discusión un amplio espacio y lleva adelante con gran solvencia el análisis crítico de varios de esos modelos, desde el más elemental y tópico de los estudios de corte tradicional hasta el punto más sofisticado a que ha llegado el de enfoque procesual, propuesto en su día por Harrison (1985). En estas páginas de la obra hay despuntes bastante brillantes y no menos útiles, como pueden ser las anotaciones clarificadoras sobre la naturaleza de los cultivos de roza, las precisiones acerca de determinadas especies, como el cerdo y el caballo, algunas cuestiones sobre la variable demográfica y, sobre todo, sus conclusiones respecto a la capacidad de la producción ganadera para funcionar como elemento de intercambio y, por tanto, de cambio social.

El propósito del autor de *parar* a los móviles pastores, cultivadores de rozas y rasgos arcaizantes, del interior de la Meseta y convertirlos en agricultores sedentarios, domesticadores del paisaje, con una racional ganadería doméstica y moderados intercambios de algunas materias primas, se cumple aparentemente a las orillas de los ríos madrileños. Sin embargo, a la hora de demostrar el cambio social la cuestión –que es, recordemos, la pretensión central de su trabajo– su discurso encuentra muchas más dificultades. En efecto, el registro vuelve a mostrar su precariedad al no acusar a lo largo de los dos milenios ningún tipo de rupturas. Por el contrario, muestra una continuidad continuada una vez que las consecuencias de la revolución neolítica pueblan la zona de innumerables silos calcolíticos, se inmovilizan los medios de producción en un paisaje campesino y las zanjas de delimitación de los asentamientos señalan una voluntad de identificación por parte de unas comunidades frente a otras similares. Es decir, la historia comienza bien. Existe una clara organización comunitaria del espacio y de la producción con estrategias económicas y sociales legibles que,

T. P., 59, n.º 2, 2002

pese al predominio de una reciprocidad intergrupala positiva, es el perfecto caldo de cultivo para llegar a la desigualdad social. En las etapas siguientes, tras ese prometedor primer momento, nada se resuelve en la dirección esperada. Los silos no aumentan en número, las escasas obras que suponen inversión de trabajo parecen incluso disminuir, nada indica una competencia o un acceso diferencial a los recursos y tampoco quedan claras una intensificación de la producción o unos comportamientos de consumo desiguales. Tampoco los escasos datos funerarios o metalúrgicos permiten llegar a demasiadas conclusiones ni se hacen patentes otros indicadores, también clásicos, de la complejidad social. En ese sentido es muy de agradecer la distancia que el autor guarda respecto a otros investigadores que, sin el apoyo empírico imprescindible, hacen sinónimos almacenaje con excedente tributario (un vocablo realmente escaso en el texto) y el ejercicio de la coerción. Pero es que, en definitiva, el registro se mantiene ambiguo hasta el final.

Pese a ello, los pequeños atisbos de incipientes cambios sociales y algún apunte de reciprocidad negativa que el autor consigue señalarnos le llevan a uno de los apartados más interesantes de la obra: la discusión del modelo antropológico de formación social susceptible de ser aplicado a las campiñas madrileñas. En ella enriquece y afina, desde la arqueología, el alcance de los contenidos que hay tras las definiciones al uso de las sociedades tribales segmentarias, de los linajes, de los mecanismos de reciprocidad, entre otros cuantos, y argumenta asimismo sobre la utilidad que tienen para estos registros ambiguos las cada vez más de moda sociedades germánicas. El paso de la teoría al caso concreto queda, sin embargo, oscurecido por las imprecisiones de definición de las unidades productivas, los grupos sociales, menores y mayores, los mecanismos intra y extracomunitarios, la ordenación del espacio e, incluso, cuestiones primarias de tamaño y caracterización de los grupos y de su cronología. Es decir, las consecuencias previsibles que contenían los planteamientos iniciales del trabajo no llegan a culminarse totalmente pese a la precisión y coherencia con que ha sido realizada la investigación. Pero el resultado de todo el discurso es, desde mi punto de vista, más interesante: resulta un ejemplo sumamente ilustrativo de cómo en estos primeros, pero ya consolidados, paisajes agrarios en los que la división y el conflicto social se produce en un medio de vínculos parentales, donde la promoción de lo comunitario pesa sobre la individual, y en los que no existe excesiva competencia por los recursos que, además, se explotan dentro de una racionalidad campesina, existen eficaces mecanismos de frenado de la complejidad social capaces de conservar durante dos milenios, como es el caso, las contradicciones sociales en mínimos superables. Es decir, y parafraseando a Mann y al autor este espléndido trabajo que acertadamente publica la Comunidad de Madrid, la *jaula agrícola* lo es aquí tanto para los productores como para los jefes.

GILMAN, A. 1981: "The development of social strati-

tification in Bronze Age Europe". *Current Anthropology* 22, 1: 1-23.

– 1997: "Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos". *Trabajos de Prehistoria* 54, 2: 81-92.

HARRISON, R.J. 1985: "The 'Policultivo Ganadero' or the Secondary Products Revolution in Spanish Agriculture, 5000-1000 bc". *Proceedings of the Prehistoric Society* 51: 75-102.

VICENT, J. 1991: "Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfica". En P. López (ed.): *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la comarca noroeste de Murcia*, 1. CSIC. Madrid: 23-117.

– 1998: "La prehistoria del Modo Tributario de Producción". *Hispania* LVIII/3, 200: 823-839.

Dolores Fernández-Posse

Instituto del Patrimonio Histórico Español.
Greco, s/n. Ciudad Universitaria. 28040 Madrid.

PEDRO DAMIÁN CANO: *Los Celtas. La Europa del Hierro y la Península Ibérica*. Sílex Ediciones (Serie Historia). Madrid, 2002, 188 pp. + 25 figs., ISBN: 84-7737-108-3.

Los celtas llevan fascinando a la gente desde hace siglos y en gran medida creo que la razón de esa fascinación reside en el misterio, envuelto por la niebla y las brumas de una Europa arcana, que desde la Antigüedad les ha rodeado. La arqueología desde el último tercio del siglo XIX también ha contribuido a la construcción del misterio. Sólo a finales del siglo XX los arqueólogos hemos empezado a deconstruir ese misterio que nosotros mismos hemos estado alimentando y ha empezado a disiparse la niebla. Pero esta tarea no ha hecho sino comenzar, queda un largo camino por delante para recorrer.

La literatura producida sobre los celtas, desde un amplio elenco de perspectivas, es impresionante; para tener una idea baste señalar que las referencias que se obtienen en un buscador de la Web pueden alcanzar muchos millares. Reflexionar, divulgar, transmitir una visión accesible, clara y al mismo tiempo no distorsionada sobre los celtas es, por tanto, una tarea difícil. Yo diría que sumamente difícil. Sencillamente porque conocer las referencias básicas del mundo céltico –sólo las básicas– es algo que lleva tiempo e ingenio. Pienso que todos podríamos convenir en que para producir un buen texto divulgativo previamente se ha tenido que dedicar un gran esfuerzo a conocer e investigar el tema que se quiere divulgar. En otras palabras no puede haber divulgación sin investigación. Es más la dificultad de la alta divulgación es tal que ni siquiera con una larga y fructífera trayectoria investigadora existen garantías de poder realizar buena divulgación. En fin para escribir buena divulgación se precisa: primero, buena experiencia investigadora del tema y se-

gundo, buena capacidad para comunicar. Sólo lo primero no garantiza lo segundo pero desde luego sin lo primero es imposible hacer bien lo segundo. Este libro no cumple esos requisitos, porque su autor no es un especialista en el tema, es un aficionado en toda la extensión de la palabra. Con todo, creo que he demostrado en otros trabajos (Ruiz Zapatero 2001 y otras referencias aquí) mi interés por todas las manifestaciones de “lo céltico” y creo que –al margen de valor histórico y académico más o menos serio– siempre existe un interés sociológico en cualquier aportación incluyendo por supuesto la “arqueología fantástica” y el esoterismo céltico. Este libro ejemplifica el interés de un aficionado culto a los temas célticos a comienzos del siglo XXI y permite analizar la visión que desde una atalaya como esa se tiene de los celtas. Y como visión alternativa tiene un interés pero como aportación al estudio del celtismo y orientación introductoria no tiene ninguno. Las aficiones están bien pero no deben llegar a la pretensión de traducirse en libros de divulgación. La divulgación es algo muy serio, difícil y comprometido como para llevarla a buen puerto desde una posición como esa.

Quizá las cosas podrían dejarse en este punto sin más pero hay dos detalles que me han empujado a escribir esta reseña. Primero, el libro está publicado por una editorial que tiene una serie de Historia, que pretende ser divulgativa pero rigurosa, y con su publicación está avalando la calidad del libro, lo que ha hecho también difundiendo una nota de prensa a centros de investigación y solicitando reseñas a revistas especializadas. Cumplo así con la solicitud de la editorial. Pero resulta triste que una editorial con una colección propia de historia crea que un aficionado a los temas célticos (historiador de vocación como reza la solapa del libro) puede ofrecer un libro a la altura de una buena divulgación histórica (¿tiene asesores la editorial para asegurarse de ello?). Segundo la edición del libro ha contado con una ayuda del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, y como intentaré poner de manifiesto es difícil encontrar méritos en el libro que justifiquen esa ayuda. ¿Cuáles son los criterios para conseguir esas ayudas? y ¿quién las concede? Conozco muchos trabajos académicos brillantes que no han podido ver la luz por no contar con ayudas oficiales. Si yo como arqueólogo me encerrara dos años para escribir un libro de derecho mercantil, de divulgación y con un lenguaje asequible ¿Podría recibir una ayuda oficial para publicar mi texto?

Este libro es el texto de un publicista y no todo lo avisado que debiera en un tema tan complejo y difícil como el laberinto céltico. El texto es, en efecto, una visión parcial de lecturas parciales, entre las cuales –como veremos más adelante– faltan muchos trabajos recientes y fundamentales. La consecuencia de todo lo anterior es que los errores aparecen por muchos sitios, por ejemplo: a Rufo Festo Avieno se le hace vivir en el siglo IV a.C. en lugar del siglo IV d.C. (p. 24), se habla de un tal Heclateo de Mileto que debe ser Hecateo (p. 25), la obra de Julio César *Comentari de Bello Gallico* se denomina *Bellum Gallico* (p. 25), en

el gráfico y la referencia correspondiente del mapa de la Península Ibérica se dice ibérico del Noroeste cuando obviamente debería decir Noreste (p. 40), se habla de materiales metálicos como las sístulas en lugar de sítulas (p. 55), de los celtíberos se dice que llevan glebas de pelo en lugar de grebas (p.65), en fin se habla de documentación paleontológica para conocer el marisqueo y la pesca en lugar de documentación malacológica e ictiológica (p. 125). Igualmente sólo cabe atribuir a lecturas apresuradas el empleo de “lateníticas” (p. 21 y otras) para referirse a las culturas latenienenses (de La Tène), que es el término empleado desde hace décadas en castellano.

Los errores de bulto son también numerosos. Podemos empezar por la propia introducción en la que se me atribuye –por cierto sin referencia bibliográfica al final, como es la tónica general del libro– que una de las posiciones actuales sobre el celtismo, la “clásica”, ofrece “una dicotomía entre los celtas históricos citados por las fuentes clásicas y la cultura arqueológica de La Tène” (p.11). Evidentemente lo que yo he escrito es justo lo contrario: esa posición lo que establece es una identidad absoluta entre los celtas de las fuentes y la cultura latenienense. ¿Conoce realmente el autor el significado de la palabra dicotomía? Si es así casi es peor, me ha mal interpretado de forma incomprensible. Colocar tras las referencias clásicas de los celtas las referencias de la épica medieval irlandesa o galesa, aún más tardía, sin que medie una aclaración y valoración de esos textos (p. 26) resulta injustificado, al dar por sentado que esas fuentes hablan de celtas y parece, en consecuencia, que de los mismos celtas descritos por griegos y romanos. Resumir en dieciséis líneas el tema del celtismo en la historiografía gallega y en la vasca (p. 32) y hacerlo bien exige unos conocimientos y una maestría extraordinaria de los que el autor desde luego no es acreedor (una buena aproximación a esa complejidad en: Díaz Santana 2001 y Armada Pita 1999). Es verdad que a partir de los años 1970 las teorías invasionistas célticas van a ser criticadas (p. 33) pero colocar en la misma trinchera al británico John Collis y al francés Venceslas Kruta es un grandísimo error que trasluce el desconocimiento de la moderna historiografía céltica.

Siguiendo con los errores, resulta simplemente un despropósito afirmar que los riquísimos ajueres de las tumbas monumentales hallstáticas de Centroeuropa son la expresión de monarquías con carácter sacro (p. 85). Nadie ha aportado argumentos en esa dirección y el tema ha sido objeto de un gran número de estudios. Me gustaría conocer el origen de esta interpretación si es que es personal del autor. Como igualmente resulta injustificado hablar de un santuario en Las Cogotas (Avila) (p. 101), yacimiento en el que he realizado excavaciones y conozco bien, aunque sospecho que el origen de la referencia sea algún trabajo del Prof. Almagro-Gorbea que señala la posibilidad de asignar alguna función cultual a una de las peñas del poblado; lo que aún dándolo por bueno no justifica la idea de un santuario. Fruto igualmente de “oir campanas pero no muy bien por dónde” es la afirmación de que los castros del No-

roeste estaban “normalmente rodeados de murallas y fosos, vistas por los investigadores como elementos simbólicos de protección” (p. 126). Murallas de piedra de varios metros de altura debieron ser en primer lugar elementos reales de protección, otra cosa es que, además, se plantee su posible significación simbólica para la comunidad que vivía en el castro. Pero en fin, lo que resulta ya bastante más grave es afirmar que desconocemos la secuencia cultural de las distintas áreas peninsulares en la Protohistoria (p. 111), eso es un insulto a la investigación arqueológica de varias generaciones de arqueólogos desarrolladas a lo largo de los últimos 75 años. Otra cosa será la dificultad de precisar las secuencias o las discusiones sobre las mismas entre distintos autores especialmente si no se es un especialista. De la misma manera que las “imprecisiones de los datos arqueológicos” (p. 111) pueden ser más las imprecisiones de quien no está familiarizado y desconoce la significación de la cultura material.

Un breve comentario merecen las ilustraciones del libro. Un serie de fotografías sobre las reconstrucciones de casas en Numancia, El Raso (Avila) y el castro gallego de Santa Tecla, así como de uno de los Toros de Guisando, testimonian los viajes del autor a yacimientos importantes mientras que no podía faltar la iconografía por antonomasia del celtismo: el caldero de Gundestrup.

Otra serie de ilustraciones son piezas arqueológicas redibujadas (extrañamente en los créditos se les llama “reconstrucciones ideales”) como el “báculo” de Numancia y algunas monedas y fibulas, uno quiere pensar que con el objetivo también de facilitar el lenguaje visual. Pero lo que resulta inaceptable es que no se reconozcan los originales, los pies de las figuras no lo hacen. Hay algunos mapas, también sin reconocimiento de fuente aunque pueden ser originales. Uno de los mapas sí que es “original”: la distribución de las tribus célticas sobre la delimitación de las actuales comunidades autónomas ¿Una ayuda visual para la genealogía de las autonomías? La inclusión de unos bellos grabados de finales del siglo XIX representando guerreros prerromanos (pp. 113 y 119 y sobre todo la portada del libro) se hace sin indicar la obra de donde se han tomado, el *Album de la Infantería Española* del Conde de Clonard publicado en 1861 (Quesada 1994: 46-47) aunque sí se cita la autoría del dibujo. La falta de referencia a la fecha de publicación de los grabados y un mínimo comentario sobre el carácter ucrónico de su vestimenta y armamento puede provocar un malentendido entre los lectores que se acerquen al texto. Por último se ofrece una fotografía del cuadro de Alejo Vera “El último día de Numancia” (1880) del Museo del Prado (Diez 1992: 330 ss.) y cedido a la Diputación de Soria que lo exhibe desde hace muchos años, pero el pie de la figura (p. 159) reza: “Defensa de Numancia. Antonio Vera. Museo del Prado. Madrid.” Otro ejemplo más de referencia errónea.

La lista bibliográfica de un libro es algo así como una radiografía de su esqueleto, como la estructura del edificio sobre la que se construye la obra. Las lista de

bibliografía dicen mucho más de lo que habitualmente se cree sobre los libros. He aprendido a sospechar de los libros de divulgación en los que el autor no tiene ninguna entrada como es el caso que nos ocupa. Pero es que la radiografía de este trabajo muestra, además, algunas “fisuras” e incluso “roturas graves”. Para empezar, el listado está integrado por 75 referencias de libros y artículos y 98 direcciones de Internet, lo que ya puede dar alguna pista. La bibliografía convencional se reparte entre títulos de lo que podríamos llamar celtismo académico y “celtografía”. En el primer apartado hay demasiados manuales generales y artículos en revistas de divulgación histórica pero faltan muchos estudios fundamentales. Por ejemplo faltan los dos mejores libros de autoría individual: el de Cunliffe (1997) y el de Kruta (2000). Faltan los mejores repertorios: Moscati (1991) y Green (1995) y los interesantes estudios de James (1993, 1999). Y puestos a citar textos de divulgación falta también el librito en castellano de Eluère (1999). Sobre la Península Ibérica se echan de menos muchos estudios de Almagro-Gorbea (entre otros Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1993), que ha sido y es el auténtico agitador de los temas célticos peninsulares. Falta también la excelente monografía de Lorrio (1997) sobre los celtíberos, el monográfico de *Revista de Arqueología* (Almagro-Gorbea 1991), el importante estudio historiográfico de Fernández-Posse (1998) y la mayoría de los estudios recientes sobre la cultura castreña del Noroeste. Siendo exhaustivo se podrían señalar algunas decenas más de referencias imprescindibles en el celtismo contemporáneo, pero creo que estas carencias son suficientemente ilustrativas. En el apartado de la “celtografía” se incluyen algún libro de Markale, otro sobre druidismo –pero en cambio faltan los recientes estudios de Miranda Green (1997, 2001)– y algunas traducciones al castellano de autores no muy relevantes. Por último se incluyen casi un centenar de direcciones de Internet, una forma rápida de conseguir información con un pequeño problema: la dificultad de evaluar la calidad de lo que la Red ofrece. No se advierte una discriminación de las fuentes recogidas dónde hay de todo: páginas de aficionados con mejor o peor fortuna, páginas de instituciones académicas y de investigadores, y páginas que rayan en el esoterismo y la historia-ficción. Para recoger tantas direcciones de la Red es preciso presentarlas con un formato de ensayo comentado y agrupado por temas.

Mi reflexión final es que un libro de divulgación no puede ser un resumen de datos tomados de una bibliografía parcial y sesgada sobre un determinado tema. Un buen libro de divulgación debería ser la presentación clara y accesible de una profunda reflexión crítica sobre la amplia literatura científica de un tema. Sobre todo debería reflejar una difícil combinación entre la conciencia personal y la consensuada en la disciplina sobre los conocimientos de ese tema. El libro que nos ocupa no reúne esas características. Aunque admito que detrás de esta crítica existe otra lectura: el mundo académico suele producir aburridos y extensos libros y no cubre el ámbito de la divulgación. Desde esa consideración somos culpables por no ofrecer buenos textos divulgati-

vos. Los celtas –lo he dicho ya muchas veces en distintos lugares– siempre van a interesar a la gente y si los arqueólogos e historiadores no producimos libros atractivos y accesibles, otros autores, con peor preparación o intenciones los escribirán. El libro aquí comentado es una prueba más de ello.

En unos tiempos en los que todo vale, en los que lo superficial se eleva a la categoría de profundo, lo aficionado a la de experto y la cultura es objeto de una miserable mercantilización, un autor es muy dueño de escribir un libro como éste. Una editorial es muy dueña de publicarlo. Y este recensionista es también muy dueño de expresar su crítica en los presentes términos. Sólo faltaría que alguien crea que lo último no es de recibo.

- ALMAGRO-GORBEA, M. (coord.) 1991: *Los celtas en la Península Ibérica*. Monográfico de *Revista de Arqueología*. Zugarto. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) 1993: *Los Celtas: Hispania y Europa*. Editorial Actas. Madrid.
- ARMADA PITA, X.-L. 1999: “Unha revisión historiográfica do celtismo galego”. *Os Celtas da Europa Atlántica, Actas do Iº Congreso Galego sobre a Cultura Celta (Ferrol, agosto 1997)*: 229-272. Ferrol.
- CUNLIFFE, B. 1997: *The Ancient Celts*. Oxford University Press. Oxford-Nueva York.
- DÍAZ SANTANA, B. 2001: “Arqueología y política en la investigación protohistórica de Galicia”. *Complutum* 12: 311-324.
- DÍEZ, J.L. (Dir.) 1992: *La pintura de Historia del s. XIX en España*. Museo del Prado. Madrid.
- ELUÈRE, Ch. 1999: *La Europa de los celtas*. Barcelona.
- FERNÁNDEZ-POSSE, Mª D. 1998: *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis. Madrid.
- GREEN, M. J. (ed.) 1995: *The Celtic World*. Routledge. Londres-Nueva York.
- 1997: *Exploring the World of the Druids*. Thames and Hudson. Londres.
- 2001: *Dying for the Gods. Human Sacrifice in Iron Age & Roman Europe*. Tempus. Stroud.
- JAMES, S. 1993: *Exploring the World of the Celts*. Thames and Hudson. Londres.
- 1999: *The Atlantic Celts. Ancient People or Modern Invention*. British Museum Press. Londres.
- KRUTA, V. 2000: *Les Celtes. Histoire et Dictionnaire. Des origines à la Romanisation et au Christianisme*. Editions Robert Laffont. Paris.
- LORRIO, A. J. 1997: *Los Celtíberos*. *Complutum* Extra 7.
- MOSCATI, S. (coord.) 1991: *I Celti*. Bompiani. Milán.
- QUESADA, F. 1994: “La imagen del héroe. Los antiguos iberos en la plástica española del XIX”. *Revista de Arqueología* 162: 37-47.
- RUIZ ZAPATERO, G. 2001: “¿Quiénes eran los celtas? Disipando la niebla: mitología de un collage histórico”. En M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J.

Álvarez-Sanchís (eds.): *Celtas y Vetones*. Diputación Provincial de Avila. Avila: 73-91.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Dpto. de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid. Correo electrónico: gonzalor@ghis.ucm.es

ABAE: Archivo Bibliográfico de Arqueología Extremeña (1536-2000). Extremadura Arqueológica IX. Mérida, 2001, 476 pp., ISBN 84-7671-653-2.

Durante los últimos diez años un grupo de arqueólogos ha estado recopilando todo cuanto se ha escrito acerca de arqueología extremeña, desde las primeras noticias conocidas, que se remontan al siglo XVI, hasta la actualidad. El resultado es el ABAE (Archivo Bibliográfico de Arqueología Extremeña) que acaba de ver la luz en el número IX de la serie Extremadura Arqueológica, editada por la Consejería de Cultura de la Junta. El volumen se compone de más de 3500 entradas organizadas en fichas individuales que incluyen, aparte de los datos bibliográficos al uso, un comentario crítico. Las fichas se agrupan en capítulos ordenados con un criterio temático y cronológico-cultural (Historiografía, Gestión, Paleolítico, Neolítico...) que, a su vez, se subdividen en apartados menores coincidentes con los grandes temas de la investigación arqueológica (Poblamiento, Urbanismo, Cultura Material...).

Un primer bloque agrupa los capítulos I a IV dedicados a la historiografía, la didáctica y epistemología, si bien son estos últimos aspectos que por el carácter regional de la obra, no alcanzan gran dimensión. También se aborda aquí el tema de la gestión, con sus diversos apartados (museología, legislación, conservación y restauración, cartas arqueológicas y repertorios bibliográficos), y una gran miscelánea que alberga desde los libros de viajes hasta los estudios diacrónicos.

El segundo bloque, verdadero núcleo de la obra (capítulos V-XVII), se ordena cronológicamente, desde el Paleolítico hasta la Edad Moderna, si bien la especificidad que alcanzan algunos fenómenos como el Megalitismo o el Arte Rupestre generan sendos capítulos independientes. El libro sirve además como termómetro crítico de la investigación arqueológica en Extremadura, no sólo por los resúmenes de que se dotan las fichas, sino también porque permite percibir, incluso a grandes rasgos, la enorme diferencia que se produce entre la producción bibliográfica de distintos períodos cronológicos y/o aspectos de la investigación. La escasez de entradas dedicadas al Neolítico, constituye, al respecto, un buen ejemplo.

Para el establecimiento de los apartados y de su ordenación se han seguido las directrices emanadas del CINDOC (CSIC), si bien no siempre ha sido posible ceñirse estrictamente a esta clasificación. El formato libresco de la obra obliga a adoptar una única fórmula de ordenación; sin embargo, una completa colec-

ción de índices situada al final del volumen permite diversificar las búsquedas siguiendo otros criterios: el alfabético (de autores), el toponímico, o el de descriptores, en el que se desmembran los principales sustantivos que aparecen tanto en los títulos como en los comentarios, convirtiéndose en una eficaz guía general. La iniciativa se declara deudora del desgraciadamente extinto Repertorio de Arqueología Española (Ministerio de Cultura) y de otros trabajos de recopilación bibliográfica, si bien por su extensión y por el lapso temporal escogido (1536-2000) supera a las hasta ahora habidas. Pasear por las páginas del ABAE supone hacer un verdadero recorrido por la historia de la Arqueología extremeña, desde los tiempos más remotos hasta la actualidad.

La edición de esta obra se ha hecho coincidir con el espíritu de fin de siglo. De este modo, su presentación se realizó en la clausura de las II Jornadas de Arqueología en Extremadura, celebradas en Mérida en noviembre de 2001, que también pretendían ser un *compte rendue* de la última etapa por la que ha atravesado la Arqueología de aquella Comunidad Autónoma, y que desde el punto de vista de la edición científica se ha visto caracterizada por un notable incremento cuantitativo y cualitativo de publicaciones.

Sin embargo, el libro está concebido, obviamente, más como un punto y seguido que como un punto y final. A ello se refieren los editores en la introducción cuando hablan de la metodología empleada, que fue desde el principio informática, y de la existencia de una base de datos en soporte digital que es la que ha servido de eje al trabajo. En este sentido sí sería deseable que se complementara el esfuerzo con la edición de ese formato, bien en CD o, como proponen los autores, mediante su inclusión en la red, pues de este modo se obtiene un mecanismo de consulta y unas posibilidades de actualización mucho más versátiles y personalizadas para cada investigador.

Javier Jiménez Ávila

Instituto de Arqueología de Mérida. CSIC.
Reyes Huertas 1. 06800 Mérida. Correo electrónico: jjimavila@inicio.es

PRIMER SIMPOSIUM INTERNACIONAL SOBRE TECNOLOGÍA DEL ORO ANTIGUO: EUROPA Y AMÉRICA, SITO A 2002.

Con este título se llevó a cabo del 23 al 25 de octubre del presente año en Madrid un primer encuentro de especialistas sobre el oro antiguo europeo y americano, siendo la promotora del encuentro Alicia Perea del Departamento de Prehistoria del Instituto de Historia del CSIC con sede en el Museo Arqueológico Nacional. El papel histórico de España como vínculo entre Europa y el Nuevo Mundo sirvió de marco natural a este encuentro. Las sedes fueron consecuentemente el Museo Arqueológico Nacional y el Museo de América, patrocinando el Symposium el Ministerio de

Ciencia y Tecnología, el Ministerio de Educación Cultura y Deporte y el Excmo. Ayuntamiento de Madrid. Se contó en total con alrededor de un centenar de participantes de ambos continentes.

Esta primera reunión se fundamentó en la necesidad de crear nuevas formas y cauces de comunicación entre los especialistas de la arqueología del oro, justificándose por la creciente complejidad de los métodos de investigación arqueométrica, el cambio en el marco teórico de la investigación arqueológica y los nuevos descubrimientos realizados en los últimos años. Un aspecto original de este encuentro ha sido incluir investigadores tanto del Viejo como del Nuevo Mundo considerando las perspectivas social, política, económica y tecnológica de cada continente.

Dado el amplio marco cronológico y geográfico, se propusieron inicialmente dos temáticas principales. La primera atendió a los procesos técnicos y su caracterización, desde el tratamiento de transformación de la materia prima, las técnicas de realización y acabado, hasta los varios exámenes y la aplicación de técnicas analíticas de todo tipo para determinar el uso de aleaciones, tecnologías y procedencia del metal. La segunda temática incluyó los aspectos de tecnología y sociedad. Se tocaron temas como la identificación de talleres y orfebres, producción distribución y comercio de artefactos, sus simbologías, ideologías y significados, mitología y religión, iconografía y nuevos hallazgos y contextos.

Tras la evaluación de los trabajos propuestos el programa final contó con un total de 49 comunicaciones organizadas en cinco temas principales: 1) técnicas metalúrgicas y métodos analíticos, 2) nuevos hallazgos y estudios regionales, 3) procesos económicos y sociales, 4) origen y circulación de la materia prima y 5) arqueología experimental. La mayor parte de las comunicaciones (83%) abordaron los tres primeros aspectos.

En cuanto a las zonas geográficas tratadas en las comunicaciones presentadas, 15 de ellas abordaron en algún punto de su exposición temas americanos, 17 lo hicieron de la Península Ibérica y 24 del resto de Europa. La asistencia de ponentes presenta una tendencia similar, así 12 procedieron del continente americano, 16 de España y 19 del resto de Europa. Sin embargo, el número global de investigadores fue mayor (93) dado que bastantes comunicaciones iban firmadas por varios autores, observándose además la existencia en Europa de un número importante de estudiosos del tema del oro antiguo americano.

I. El Oro Antiguo Europeo

El conjunto de comunicaciones cubrió de manera proporcionada el amplio abanico cronológico que tuvo cabida en el Symposium, desde las primeras producciones en la Edad del Bronce hasta el mundo tardorromano y medieval, este último representado por los vikingos en las comunicaciones de Barbara Armbruster sobre sus herramientas y de Natalia Eniosova sobre materiales encontrados en Rusia. Sin embargo, los periodos de interés tienen una diferente representación

según la zona geográfica tratada. Así, en la Península Ibérica los trabajos sobre orfebrería Orientalizante y Castreña tuvieron la máxima representación, quedando casi ignorada la orfebrería de época romana. En la Europa occidental fue la orfebrería del Bronce Final la que más atención recibió, seguida de la realizada en los momentos anteriores y posteriores al cambio de Era.

Dentro de esta heterogeneidad podemos resaltar algunas comunicaciones por el tratamiento de aspectos de interés general o por su enfoque singular o novedoso. Desde el punto de vista de la tecnología resultó muy interesante la variabilidad detectada en la manufactura de los anillos penanulares de la Edad del Bronce en las Islas Británicas. La comunicación elaborada por Nigel Meeks, Paul Craddock y Stuart Needham mostró además el uso de aleaciones con contenidos de plata muy elevados, entre un 30 y un 57%. Dada la ausencia de metalurgia de plata en esta época, se supone la utilización de un oro enriquecido en plata de manera natural. La manufactura de hilos de oro en época post-romana fue abordada por Niamh Whitfield, quien con ayuda de las fuentes históricas (Theophilus) reconstruye el uso de diversas herramientas. Destaca la utilización del *organarium* desde los siglos VI y VII d.C. en Bizancio, herramienta también detectada recientemente en la manufactura de algunas piezas del Tesoro de Guarrazar tras el estudio dirigido por Alicia Perea.

Entre los recientes descubrimientos se deben mencionar los restos de taller recuperados en el Chao Samartín (Asturias) que dio a conocer Angel Villa y que nos acercan al modo de trabajo de la orfebrería prerromana tan desconocida todavía en el Noroeste peninsular.

El acercamiento a la dimensión social del artesano orfebre fue tratado en dos interesantes trabajos con planteamientos diferentes. Por un lado Joan Taylor, con apoyo de resultados analíticos de piezas de oro, buscó definir la identidad del artesano en la Edad del Bronce de Wessex y su papel social y económico; en el otro extremo, buscando integrar la orfebrería en el contexto arqueológico M^a Dolores Fernández-Possse, Ines Sastre y Javier Sánchez-Palencia definían al artesano castreño dentro de su comunidad, no por su producción, aparentemente siempre interpretada como objeto de prestigio, sino por su trabajo en una economía doméstica de autoabastecimiento. La comunicación de Albert Nijboer completó el panorama de la interpretación social con una reflexión sobre distintos modelos de talleres.

La ejecución *in situ* de un "ribbon torque" por parte de Brian Clarke y Michael Good, así como sus explicaciones acercaron a los asistentes a una realidad mayoritariamente desconocida por los investigadores del oro antiguo. La arqueología experimental ofrece unas perspectivas muy útiles en la comprensión del modo de trabajo del artesano, de la complejidad de sus producciones y del tiempo de ejecución, que son imprescindibles para la valoración de los aspectos del taller antes comentados.

Sugere la propuesta de interpretación realiza-

da por Mary Cahill sobre los adornos de la Edad del Bronce Irlandesa. Algunos de ellos pudieron ser utilizados como elementos ornamentales en orejas perforadas, mostrando paralelos etnográficos americanos, africanos y asiáticos. De ser cierta su propuesta, la imagen ornamentada de los hombres y mujeres de la prehistoria europea está muy alejada de los tópicos actualistas que tenemos representados en museos y libros.

Un tema común a varias comunicaciones fue la influencia tecnológica y tipológica externa y su integración en las producciones locales. En algunos casos quizás pudieron ser importaciones de manufacturas, como plantea Susan La Niece para el hallazgo de dos collares del siglo I a.C. en el sur de Inglaterra, y en otros se trata de la adopción de influencias, como las Egeas y del Próximo Oriente en la orfebrería de los siglos IX-VIII del Sur de Italia que presento Charlotte Scheich.

II. El Oro Antiguo Americano

En cuanto a los trabajos sobre temas americanos, destacaron las investigaciones realizadas en la Fundación Museos Banco Central de Costa Rica y en el Museo Etnográfico Juan B. Ambrossetti de Argentina debido a que presentaron trabajos muy completos y equilibrados en su contenido que integran diversos aspectos del estudio del oro. Las comunicaciones de Patricia Fernández Esquivel y José Garita del Museo del Oro de Costa Rica propusieron la creación de una base de datos integral, en cierta medida equivalente, aunque todavía sin una presentación informatizada, al *Proyecto Au* desarrollado para la Península Ibérica por Alicia Perea. Se definen criterios estilísticos, procedimientos de manufactura y análisis de materias primas para identificar las producciones locales del sureste de Costa Rica con el fin de aportar información relevante en la interpretación del material arqueológico de los museos. Los análisis de microscopía óptica, microscopía electrónica de barrido, fluorescencia de rayos X y química óptica, son utilizados para determinar la topografía de la superficie, información metalográfica y composición química. Hasta la fecha se han analizado alrededor de un centenar de objetos con una gran variedad de color de dorados, definiéndose características específicas a partir de la calidad técnica, diseño y tipos para los estilos Veraguas, Diquis y La Vaca. Dado el proceso de dorado por oxidación utilizado en esta área, las aleaciones de oro utilizadas y la capa enriquecida en oro (2 a 6 μm), se presentan procesos de corrosión selectiva severa en un 90% de los objetos, lo cual plantea problemas de restauración y conservación importantes para la colección. Asimismo se ha llevado a cabo un estudio sistemático de las fuentes de metales preciosos; determinándose la ubicación de las fuentes hidrotermal y aluvial para el oro, y las fuentes de cobre nativo y cobre rico en azufre utilizado en la metalurgia de la región.

El segundo trabajo que destacó fue el estudio de Luis R. González sobre el Noroeste Argentino, región

poco estudiada y con una presencia reducida en el número de objetos descubiertos, pero aparentemente dotada de un desarrollo metalúrgico notable e independiente. En esta investigación se analizó el simbolismo presente en láminas de oro que podría justificar la conservación de elementos locales en la región a pesar de la dominación Inca. La investigación, muy bien argumentada, tiene la virtud de conjugar la interpretación cultural y el entorno arqueológico con elementos tecnológicos de la fabricación y realización de los pocos laminados hallados.

Los grandes ausentes del Symposium en los trabajos del área sudamericana fueron el grupo del Museo del Oro de Colombia y los investigadores de la metalurgia del Perú, cuyos resultados son de gran relevancia para conocer el desarrollo de la orfebrería en América.

En cuanto al desarrollo de la metalurgia en Mesoamérica se reiteraron las teorías sobre la introducción de ésta al occidente y sur de México por rutas de Centro y Sudamérica hacia el 800 d.C. En otra comunicación de Martha Carmona sobre la simbología del oro se propuso el uso de láminas de oro como un atuendo con carácter religioso, asociado con el sol y la divinidad, capaz de dotar de brillo y efectos luminosos al gobernante que lo vestía. Este aspecto se encuentra estudiado en contextos arqueológicos del Perú, sin embargo, en la comunicación de Carmona no se mencionó la evidencia arqueológica o las fuentes históricas que fundamentan su aplicación a esta otra área. Asimismo, no se abordaron en detalle los aspectos iconográficos y de simbología de las piezas del área mostradas.

En general, los trabajos presentados sobre la metalurgia antigua del oro en América pusieron énfasis en la necesidad de llevar a cabo una sistematización de la información existente y la integración de aspectos morfológicos y estilísticos con la información tecnológica y de composición de las aleaciones. Asimismo, se puso en evidencia el empleo de las técnicas de fundición y laminado, y la enorme importancia del dorado por oxidación como una técnica de acabado fundamental, así como la gran diversidad de factores que han intervenido en su realización, los cuales dan lugar a características particulares en cada una de las regiones culturales del continente. Un elemento común, sin embargo, resulta el del carácter ritual de los artefactos y piezas de oro, de hegemonía y símbolo de jerarquía, y su presencia en la mayor parte de las veces en contextos de tipo funerario.

III. Técnicas de análisis

La presentación de temas relacionados con técnicas y metodología de análisis fue relevante en este encuentro, dada la creciente información que los resultados ofrecen en aspectos como la identificación de fuentes de materia prima, uso de aleaciones, procedencia del metal, y tecnologías metalúrgicas.

Desde este punto de vista se presentó una revisión por parte de Paloma Adeva y Pablo González de las aplicaciones de la microscopía electrónica de barrido

(SEM) y de la microsonda de electrones (EDAX), las ventajas y limitaciones de la metodología y una muestra de su desempeño con base en la caracterización de materiales de referencia de oro. Se hizo patente la importancia de la heterogeneidad de las muestras y el carácter semicuantitativo de las técnicas aplicadas para determinar la composición elemental.

Precisamente sobre el tema de la caracterización de la composición elemental, otras comunicaciones presentaron metodologías basadas en el uso de aceleradores de iones, e.g. PIXE (Emisión de Rayos X Inducida por Partículas), como una alternativa no destructiva para evaluar la composición de una aleación y su heterogeneidad en diversas regiones de un objeto o sobre muestras tomadas de éste. La versatilidad y alcances de esta técnica ha sido probada para el análisis de diversos tipos de soldadura, dorados por recubrimiento, dorados por oxidación, etc. Así, Guy Demortier presentó resultados de sus investigaciones sobre soldaduras en piezas procedentes del Medio Oriente de colecciones europeas y artefactos precolombinos, y el equipo del Centro Nacional de Aceleradores de Sevilla mostró su trabajo sobre el tesoro tartésico de Ébora, en el sur de España, empleando PIXE con una microsonda de iones y EDAX con un microscopio electrónico de manera complementaria. También empleando técnicas de microscopía electrónica y PIXE se presentaron resultados sobre el tesoro visigodo de Guarrazar.

Desde la perspectiva de dorados precolombinos y su caracterización mediante PIXE, y técnicas específicas como la PIXE diferencial, se observó un particular interés en el estudio del dorado por oxidación, también llamado *mise en couleur*, el cual fue utilizado intensivamente en América Precolombina. Por sus características, y por la gran variedad de factores que intervienen en su realización, se han generado trabajos de arqueometalurgia experimental para determinar cuándo el enriquecimiento superficial es debido a un proceso tecnológico intencional y las características de dicho proceso.

Desde el punto de vista analítico, las dificultades y retos del estudio sobre la metalurgia del oro en La Tolita, Ecuador, por la heterogeneidad de la aleación fue abordado por David A. Scott. En este caso se trata de aleaciones oro-platino elaboradas por un proceso de sinterizado, pues no se alcanzan en la metalurgia precolombina temperaturas suficientemente altas para llevar a cabo la fundición del platino. Estas se combinan con diversas aleaciones de oro para dar lugar a coloraciones y acabados particulares. El uso de técnicas tradicionales de metalografía y de fluorescencia de rayos X resulta particularmente útil en este caso.

Las diversas comunicaciones presentadas muestran que la aplicación de las técnicas metalográficas tradicionales son necesarias y muy útiles para entender procedimientos tecnológicos, cuando es factible tomar muestras pequeñas de las piezas. Tampoco han quedado relegados los análisis de fluorescencia de rayos X (XRF) para determinar la composición elemental de las aleaciones. Tal es el caso del estudio realizado por Salvador Rovira sobre un fragmento precolombino de una

lámina dorada procedente de Ecuador, el cual es complementado con técnicas de microscopía electrónica. Debe señalarse que en el caso de resultados de XRF se trata de una composición promedio de la superficie y en los casos en que se presente un dorado los resultados no son necesariamente representativos de la aleación utilizada en la fabricación de las piezas, ya sea por la heterogeneidad de la aleación causada por diversas razones o por los procesos de corrosión o deterioro. Cuando no se presentan estos inconvenientes es posible, empleando métodos estadísticos apropiados, determinar agrupaciones de objetos y combinando aspectos de tecnología de fabricación y acabado llevar a cabo revisiones de aspectos metalúrgicos. Otros trabajos como el de Carlos Angiorama o Roberto Bárcena recurren a las técnicas tradicionales de XRF para conocer la composición de la metalurgia Inca y pre-Incaica en Argentina.

En cuanto a la procedencia de metales, los métodos analíticos que se han expuesto emplean la técnica de Espectroscopía de Masas por Plasma mediante Ablación Laser (ICP-LA) o el Análisis mediante Activación por Protones (PAA). Trabajos previos a este congreso indican que los resultados por ICP-LA podrían no ser necesariamente correctos para determinar la procedencia. La técnica de PAA, de análisis mucho más global, se encuentra mejor establecida y muestra su eficacia en un estudio muy completo realizado por Maria Filomena Guerra sobre monedas de oro del área portuguesa del siglo V al XX. También con el fin de determinar el origen del metal se presentaron estudios de monedas de Dacia por parte de Bogdan Costantinescu, en este caso se da como una opción factible que éstas procedan de fuentes transilvanas y de fundiciones de monedas y objetos ya existentes. Por otra parte el estudio inicial sobre las coronas visigodas del tesoro de Guarrazar presentado por Maria Filomena Guerra, Alicia Perea y Thomas Calligaro indica que las concentraciones de trazas de Pt, Pd y Sb son semejantes a las de oro del sur de la Península Ibérica.

Dentro de este mismo marco de trabajo analítico y empleando también PAA se encuadra el estudio de Jean Noël Barrandon, Francisco Valdéz y Patricia Estévez sobre un fragmento de una pieza ecuatoriana muy característica que representa un sol antropomorfizado con serpientes radiales. Los análisis se utilizan para determinar la autenticidad de la pieza mediante su comparación con los resultados de una pieza con características similares y con contexto arqueológico bien establecido.

Las comunicaciones presentadas reiteran la necesidad de emplear diversas aproximaciones analíticas para afrontar el estudio detallado de los objetos. La combinación de las técnicas y el uso de metodologías tradicionales es complementaria y permite la caracterización completa de la aleación para los fines de uso de aleaciones, procedencia del metal, y tecnologías metalúrgicas y su evolución, entre otras cosas.

Observaciones finales

Esta reseña, sin ser exhaustiva, presenta un panorama general del interés que ha despertado el primer encuentro internacional sobre el estudio del oro en la Antigüedad. Los aspectos culturales, sociales, económicos, políticos e históricos son determinantes e influyen en el desarrollo tecnológico, en su uso, su explotación e intercambio.

En esta reunión se pusieron en evidencia las diferencias entre el oro antiguo de Europa y América en diversos aspectos previamente mencionados. No obstante, se remarcaron las semejanzas entre los diferentes métodos desarrollados para su estudio e incluso se propusieron comparaciones etnográficas interesantes entre ambas regiones.

Es notable el reto de complementar e integrar la información de estos aspectos, en mayor o menor medida, para las diversas áreas con el fin de llevar a cabo el estudio cabal del oro. A pesar del desarrollo de técnicas analíticas, su apropiada aplicación como parte del esfuerzo de integración debe intensificarse. Los trabajos presentados indican que el estudio del oro es aún un problema de investigación con amplias perspectivas de desarrollo. En el futuro esperamos que sea posible continuar el camino con un segundo encuentro dentro de tres años, posiblemente en una sede americana.

José Luis Ruvalcaba Sil

Dpto. de Física Experimental, Instituto de Física, UNAM. Circuito de la Investigación Científica s/n. Ciudad Universitaria. México DF 04510. México. Correo electrónico: sil@fisica.unam.mx

Ignacio Montero Ruiz

Dpto. de Prehistoria, Instituto de Historia, CSIC. Serrano 13, 28001 Madrid. España. Correo electrónico: imontero@ceh.csic.es